

MARCUS SIDEREO

Y DESPUÉS LA ETERNIDAD

MARCUS SIDEREO

…Y después la Eternidad

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53

Barcelona

Dr. Julián, Álvarez, 151

Buenos Aires

MARCUS SIDEREO - 1969

Dep. Legal: B. 26.786-69

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

¿QUÉ era aquella *cosa*?

Los ojos atónitos de Parchet la descubrieron entre la hiedra del jardín.

Se acercó cautelosamente. Nunca había visto nada igual. ¿Quién la había puesto allí?

O acaso era mejor preguntarse: ¿De dónde había venido?

Quiso acercarse más y algo le dejó paralizado e insensible a la vez.

Sus piernas se negaban a andar porque no podía moverlas, ni siquiera las sentía.

Solo conservaba su lucidez.

Sabía que allí estaba la *cosa*, pero no podía acercarse a ella. No podía moverse.

Era incapaz de sentir miedo; simplemente no podía *sentir*.

Los párpados le pesaban enormemente y tuvo que cerrar los ojos, permaneciendo en pie, rígido como un monolito.

Luego, sintió un profundo sueño.

Debió de caer, tumbado sobre la hiedra, pero no se dio cuenta hasta que despertó.

Abrió los ojos con una extraña sensación.

Sí. Era la sensación del que no sabe qué ha ocurrido exactamente, ni por qué estaba allí.

Miró alrededor.

Estaba en el jardín de su propia casa, sobre la hiedra que se enramaba por el fértil suelo de Klandax.

Entonces comenzó a recordar.

¡La cosa!

Ya no estaba allí.

Buscó por los alrededores entre los frondosos setos que se extendían en la gran explanada, pero no encontró nada, ni el más leve indicio.

Regresó pensativo y extrañado a su casa de acristaladas paredes translúcidas.

Podía observarse en su rostro la preocupación por lo desconocido.

Fue directamente a su biblioteca fonoscópica y sacó de ella unos pequeños estuches que contenían diminutos rollos transparentes.

Cada rollo iba en una caja circular.

Tomó uno de ellos y lo introdujo en un aparato de aspecto vulgar y rudimentario que estaba sobre la mesa del estudio. Pulsó un botón y, de inmediato en el aire, sin proyectarse en ningún lugar determinado, aparecieron unos signos.

Los leyó con atención en la invisible pantalla que actuaba como un libro abierto suspendido, sin pared que lo reflectara, ni pantalla ni nada parecido.

Los signos decían:

> *…Y vendrán gentes de otros planetas, con otros sistemas de vida y nos invadirán, nos destruirán y se destruirán a sí mismos, pero la eternidad perdurará. La eternidad no tiene principio ni tendrá fin…*

Los signos seguían aventurando profecías, pero Parchet cortó la proyección cavilando sobre aquellas breves frases.

—Gentes de otros planetas… —murmuró.

¿Lo que había visto, acaso, era un signo de la profecía?

En Klandax se llevaban a cabo constantes experimentos. Se realizaban vuelos espaciales en busca de otras atmósferas, hasta entonces desconocidas.

El hombre había pisado ya el satélite artificial de Klandax al que llamaban Luna.

Proyectó en el aire otro pedazo de película en la que pudo leer:

Las palabras cambiarán, pero, de hecho tendrán el mismo significado. El hombre será igual o distinto, pero poseerá las mismas vanidades, idénticas ansias de saber, y nunca llegará a la perfección, y aquel que lo consiga, será el dueño y señor absoluto de todo.

Cerró la conexión y volvió a meditar.

¿Acaso alguien había conseguido anticiparse a los experimentos del profesor Van Mercury?

No vaciló ni un instante en acudir al interfonoscopio.

Una simple orden dada de viva voz bastó para que la caja cuadrada reflejara la figura del profesor Van Mercury, sentado tras su mesa metálica repleta de papeles.

—¿Eres tú, Parchet? ¿Qué hay de nuevo?

—Profesor. Tengo que verle con urgencia.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó tranquilamente Van Mercury, levantándose de la mesa y perdiéndose su imagen.

Parchet manipuló el corrector y, entonces, volvió a reproducirse en la pantalla la majestuosa figura de Van Mercury, alto de anchas espaldas y extraordinaria corpulencia, prototipo de los hombres de Klandax.

—¡Vamos, habla, Parchet! Estoy trabajando en un asunto de vital importancia para nuestro futuro vuelo. No puedo perder ni un segundo. Dentro de una decena, el proyectil debe estar dispuesto. Es nuestra gran aventura y la gente espera mucho de ella.

—Quizá sea demasiado tarde, profesor —replicó Parchet—. He visto «algo». Estaba en el jardín de mi casa.

—¿Qué es lo que has visto, exactamente? —preguntó el profesor con aire ausente, volviendo a la mesa para examinar unos apuntes.

Antes de que Parchet pudiera contestar y como si de repente hubiera dado con la idea que hasta entonces había permanecido confusa en su cabeza exclamó:

—¡Ya lo tengo! Es una variación, mínima del sistema de…

—Pero ¿no me escucha, profesor? —atajó Parchet.

—Sí, sí, amigo mío. ¿Cómo no voy a escuchar al jefe de la seguridad nacional, al hombre que más ha expuesto en mis experimentos…? Habla, Parchet. ¿Qué tal tu *compañera*?

—¡Oh, Ilma está bien! Pero atiéndame por favor. Puede ser muy

importante.

—Está bien, está bien. Cuando tú quieras, pero no podré concederte mucho tiempo. Los de la «Experimental» se pondrían furiosos si dentro de la «Decena» no tengo preparado el lanzamiento.

—Corto, profesor. Nos veremos en Montelunar.

—¿En Montelunar? ¿Por qué en Montelunar?

—Ya se lo explicaré —y Parchet colgó.

Capítulo II

EN todas las épocas y desde que el hombre, cualquiera que fuese su constitución y su galaxia, comenzó a investigar, llegó a la conclusión de que el tiempo y el espacio son cosas relativas, como relativa es la velocidad.

Para Klandax el problema de la rapidez en los desplazamientos era elemental.

En cambio para los asuntos del espacio se encontraban con ciertas limitaciones.

Si, desde la casa del jefe de la seguridad de Klandax a Montelunar, se calculara la distancia por el viejo sistema métrico decimal, habría dado un total de quinientos kilómetros, distancia más que considerable si solo se disponía de *minutos* para ir y volver y sostener una entrevista.

Pero no había problema.

Bastaba una operación por demás elemental.

La cabina ultrasónica tenía esa misión específica.

Parchet entró en la cabina situada en la parte alta de la casa. Toda la gente tenía su cabina en la cúpula de sus viviendas, lo cual unificaba la fisonomía de la populosa ciudad, capital de Klandax, y denominada Klandax-Central.

Un simplificado sistema de botones de distintos colores era lo que todo ciudadano debía saber.

Parchet pulsó uno de aquellos botones.

Desapareció de la cabina, para que su cuerpo tomara forma en la cumbre de Montelunar, junto al observatorio astrológico.

Van Mercury *llegó* casi en el mismo instante.

—¡Qué coincidencia! —exclamó con su distraído acento campechano y añadió—: ¿De veras Ilma se encuentra bien?

—Pues claro que se encuentra bien. ¿Por qué cree que tengo que hablarle de ella?

—No sé… Últimamente, hablé con Riga y me dijo que la encontró un poco… digamos, preocupada.

—Esperamos un niño. Esto es normal, ¿no?

—¡Oh, sí! Enhorabuena… Bueno, háblame de eso tan importante.

Parchet sintetizó en pocas palabras lo que había descubierto entre la hiedra de su jardín.

—¿Y qué forma tenía la *cosa*? —preguntó Van Mercury sin demasiado entusiasmo.

—Es difícil de explicar. Venía a ser como… una caja. Una caja cuadrada, cubierta por todos los lados.

—¿Hueca?

—No lo sé. No pude acercarme lo suficiente.

—¿De qué estaba hecha?

—Parecía material consistente. Distinto del que usamos aquí.

—¿Opaco?

—Totalmente, y el color era más bien terroso.

—¿Y dices que cuando despertaste desapareció?

—Sí. Busqué por todas partes pero ya no estaba.

—Luego la *caja* se movía.

—Eso sí lo vi. Avanzó en mi presencia, arrastrándose por la hiedra; luego permaneció inmóvil.

—¿Qué tamaño tenía?

—Pues, su altura era aproximadamente la de cinco *medidas*. Yo diría que era totalmente cuadrada.

—¿Cinco *medidas*?[1]

—Poco más o menos.

—Con un tamaño semejante no puede contener nada que sea realmente peligroso, ¿no crees?

—Entonces ¿por qué quedé paralizado e insensible cuando me acerqué a ella…?

—¿Qué es lo que piensas, suspicaz y valeroso jefe de seguridad?

—No lo sé, pero… aseguraría que allí dentro había algo con

vida. ¿Comprende? Algo que maniobraba de otro modo. ¿Cómo podía desaparecer?

Van Mercury se quedó pensativo.

—Bien, entremos —dijo al fin indicando la puerta del observatorio.

El jefe Sintex del observatorio atendió a los dos visitantes como sus jerarquías requerían.

Estaba en presencia, nada menos, que de la primera inteligencia nacional, cual era considerado el profesor Van Mercury, y del joven pero eficiente jefe de seguridad, cargo que se ganó a pulso por su intrepidez y arrojo sobradamente probados.

Informó de los últimos detalles,

—No ha habido ninguna perturbación en la atmósfera. Ningún objeto no identificado. Les habría tenido informados.

—Supongamos —interrumpió Parchet — que nuestros sistemas no sean todo lo completos que pensamos.

—No le entiendo, Parchet —murmuró el jefe Sintex.

—Creemos que todos nuestros aparatos pueden detectar cualquier objeto.

—Lo hemos probado, Parchet.

—Lo hemos probado con los *objetos* fabricados con nuestras materias u otras similares. Pero… ¿Sabemos acaso si existen otros elementos que los detectores que poseemos no pueden advertir?

—Eso sería tanto como imaginar que seres de otros planetas podrían invadir Klandax sin que nos diésemos cuenta, y eso es imposible… La partícula más ínfima queda registrada en nuestras pantallas. Los contadores indican en todo momento el estado de la atmósfera, su pureza y su…

—Sabemos perfectamente cómo funcionan los contadores —cortó Van Mercury—. Ahora se trata únicamente de que nos diga si, por insignificante que fuera, el detector central ha tenido algún fallo últimamente.

—Absolutamente ninguno.

Van Mercury cambió una mirada con Parchet.

El jefe de la seguridad insistió:

—Oiga, jefe Sintex, ¿llamaría usted anomalía a que, en un momento determinado, el receptor emitiera un leve ruido? Un levísimo ruido y nada más… Algo normal en toda máquina

automática…

—Bueno, existen los ruidos que producen los meteoritos que chocan contra nuestro satélite y que pueden detectarse perfectamente. Pero eso es normal.

—¡Ya! En tal caso no sacaremos nada en limpio. Vámonos, Van Mercury.

—¡Esperen! —exclamó el del observatorio—. ¿Acaso ocurre algo?

—Sí, algo ocurre, pero no sabemos exactamente qué —replicó tajante el joven pero enérgico Parchet.

El profesor y el jefe de seguridad se encaminaron hacia la cúpula del edificio para introducirse en la cabina transportadora.

Van Mercury murmuró:

—¿Tiene usted un detector corriente en su casa, Parchet?

—Sí, claro.

—Entonces iré con usted. Quiero que me indique exactamente el lugar donde vio la cosa.

—De acuerdo.

—Luego nos pondremos en contacto con el doctor K.

—¿El doctor K? —inquirió extrañado Parchet.

—Sí, ya sé… Tiene ideas extrañas, pero tal vez puedan sernos útiles…

Y Parchet pulsó el botón de la caja transportadora.

Capítulo III

—LA teoría de la reducción no es una utopía como muchos creen. Siempre he carecido de medios para ponerla en práctica en gran escala, pero en mis aparatos he hecho pruebas y puedo asegurarles que es perfectamente factible.

Parchet y Van Mercury observaban atentamente al enigmático doctor K.

Era un hombre que parecía la excepción viviente del tipo normal de los seres de Klandax.

De estatura pequeña y un tanto rechoncho, poseía unos ojillos agudos, penetrantes, y miraba con aire de suficiencia a sus visitantes, sentado detrás de su rudimentaria mesa de trabajo repleta de cálculos y formas.

La estancia, en conjunto, resultaba lúgubre, perteneciente aún a los viejos tiempos del Klandax-Central, cuando existían las viejas edificaciones ya desaparecidas, con excepción de la del doctor K y unas pocas más.

La construcción totalmente opaca era ya casi una reliquia de antigüedad, pero para su morador la falta del modernismo carecía de importancia. Se sentía a gusto entre aquellas paredes que constituían un auténtico santuario que nunca fue reconocido oficialmente, entre otras cosas porque, para muchos, el doctor K era poco menos que un loco.

—Quisiera ver uno de sus experimentos —manifestó el profesor Van Mercury.

—Esto es un honor para mí, señores —sonrió el doctor K—.

¿Acaso al fin las autoridades competentes han pensado en facilitarme el laboratorio e instrumental que tengo solicitado?

—Esto es una cosa completamente extraoficial —se apresuró a puntualizar Parchet.

—¡Ah! De todos modos, será un auténtico placer complacerles.

K les condujo hasta el sótano de la casa, cuyo aspecto era todavía más lúgubre y descuidado que el resto de la residencia.

Mesas rudimentarias, un par de banquetas para sentarse y el «Objeto».

El «Objeto» ocupaba un rincón de la estancia y estaba conectado a cables conductores de energía que convergían en un cuadro de mandos. Todo ello de fabricación casera.

—¿Quieren tomar asiento? —les invitó el dueño de la casa.

—No, no. Tenemos prisa —manifestó Van Mercury.

—Bien… No dispongo de otra cosa que de hiedra. Es lo que más abunda en nuestro *mundo*.

Y sacó de un cajón de una de las mesas varias hojas de hiedra unidas todavía por el tallo y con ellas se dirigió al «Objeto».

Constituía el «Objeto» una cabina de cristal con capacidad suficiente para que pudiera entrar en ella un hombre normal.

Abrió la puerta, que cerraba con probado hermetismo, dejó las hojas de hiedra en el suelo y cerró cuidadosamente, asegurando el cierre mediante una palanca accionada por control remoto y situada junto al cuadro de mandos de energía.

—Ya está —manifestó.

Sus dos espectadores se acercaron a la cabina, mientras K accionaba uno de los pulsadores del cuadro de energía; de inmediato los cristales de la cabina quedaron empapados con un humo gélido que empañó por completo las acristaladas paredes.

Entonces K bajó una palanca y el cristal se tornó de un color rojo-fuego sin perder la opacidad.

Una tercera palanca completó la operación.

Un leve, chasquido y a continuación los cristales volvieron a recobrar su transparencia.

Entonces el profesor y Parchet, mirando a través del vidrio, pudieron comprobar que las hojas de hiedra habían desaparecido totalmente.

K abrió la puerta y con una escobilla y un papel barrió algo

invisible que depositó sobre la blanca hoja de papel.

—Ustedes no ven nada, ¿verdad? Vayamos al microscopio —dijo con énfasis.

Depositó el polvillo, apenas visible, que había recogido del interior de la cabina y aplicó el microscopio a escasa distancia.

—Miren —dijo sin tomarse siquiera la molestia de comprobar personalmente lo que esperaba que viesen los otros.

Van Mercury se inclinó para observar a través del potente microscopio y después de varios momentos hizo una seña a Parchet para que él mirara también.

Cuándo el jefe de la seguridad hubo concluido cambió una mirada con el profesor.

—Las hojas existen —dijo.

—¡Claro que existen! —exclamó K—. Son perfectamente invisibles al ojo humano, pero el microscopio les devuelve su figura original. La rama está intacta y las hojas pegadas a ella.

Van Mercury murmuró mirando nuevamente a través del microscopio:

—En uno de sus discursos, manifestó usted que podría hacer lo mismo con las personas.

—Si me proporcionaran los aparatos que preciso, podría reducir lo que quisiera. Incluso nuestro planeta. Es un proceso elemental. El tamaño de las cosas es relativo, pero no he tenido suerte. Creen que estoy loco… Pero imaginen lo que sucedería si en otro lugar de la galaxia alguien hubiese ideado lo mismo. Dentro de un bólido de transporte normal para una persona, podrían caber millones y millones de seres. Un ejército entero que recobraría su tamaño normal, y el de sus armas, para atacarnos y aniquilarnos antes de que pudiéramos reaccionar.

—Sí, doctor —replicó Van Mercury—. Si alguien consiguiera esto tendría casi todas las ventajas de su parte. ¡Vámonos, Parchet! Quizá volvamos a vernos, doctor. Adiós y gracias por su experimento.

Capítulo IV

—¡SÉ lo que piensa, Van Mercury! —exclamó Parchet al salir de la casa del doctor K.

—No sería descabellado. Si es posible la reducción hasta conseguir que la materia se convierta a un tamaño molecular, dentro de la caja que usted vio, podían habitar hasta un billón de seres con el más completo y moderno de los armamentos.

—Hay que encontrar de nuevo esa caja —replicó con decisión el jefe Parchet.

—Sí. Pero sin alarmar a la gente.

—Esperemos que no sea demasiado tarde. Dé usted las órdenes y llámeme si necesita consultarme algo. ¡Ah! Y si la encuentran, no hagan nada por destruirla. Primero quiero saber de qué se trata y si dentro hay seres vivos. Será curioso saber de dónde proceden, cuál es su forma de vida. En fin… pueden enseñarnos muchas cosas.

—¡Y pueden destruirnos! —atajó Parchet.

—Nosotros hemos efectuado viajes orbitales en torno a otros planetas. Nunca se nos ha ocurrido atacar. No somos conquistadores. Deseamos saber…, aprender más, conocer nuevos sistemas que enriquezcan nuestra cultura.

—Confiemos en que, si en la caja hay moradores, ellos y quienes les hayan enviado tengan idénticas miras.

—Por si acaso, prepare las defensas, y repito que no se le olvide avisarme.

Parchet asintió inmediatamente; los dos hombres se separaron usando de las cabinas de transporte callejeras.

El jefe de la seguridad se encontró sentado en la mesa de su despacho, ordenando la inmediata presencia de los mandos superiores.

—Reúnan a todos los hombres. Se trata de una operación secreta. No alarmen a nadie y no hablen con sus familiares, ni siquiera con sus compañeras. Hasta nueva orden quedan anulados todos los permisos. La misión es importante. Se les informará a su debido tiempo.

Salieron los jefes dispuestos a reunir a sus distintas unidades y en un tiempo realmente récord, en la gran explanada del edificio central de orden y defensa los guardas nacionales estaban formados con sus respectivos jefes al frente de la columna.

Parchet, desde un estrado y ayudado por el amplificador de sonido, habló a todos.

—Utilicen helivoladores múltiples y personales, desplácense constantemente por los descampados. Sobrevuelen las cúpulas, rastreen *medida a medida* por todo el campo, los montes y las granjas apartadas. Lo que buscamos es una caja de material desconocido. Se les proyectará un esquema con las medidas aproximadas del objeto a buscar y sus características. Si alguien de ustedes le encuentra que no se acerque demasiado y comunique con los grupos más próximos. Rodeen la cosa y manténganse alerta con las armas fumígenas preparadas. No las utilicen a menos que peligre su integridad personal. Yo permaneceré a la escucha constantemente.

Parchet hizo una pausa para añadir:

—Deben llevarse provisiones para media decena y reserva energética para el mismo período de tiempo. Lubrifiquen su cerebro para aumentar al máximo su capacidad de reflejos. Nada más. Si los mandos tienen alguna consulta que hacerme estaré en la sala principal.

Parchet bajó del estrado, mientras se rompían filas y cada hombre, en perfecto orden, se disponía a recoger el equipo necesario.

Sus trajes livianos de una sola pieza, carentes de poros que aislaban por completo su anatomía de la atmósfera exterior, los completaron con los cascos transparentes y una especie de alforjas de escaso peso que, a modo de mochilas, colgaron de sus hombros

con las provisiones necesarias según las órdenes recibidas.

La voz de uno de los mandos de unidad advirtió a través del amplificador:

—Partiremos en cuanto hayan pasado por la sala de lubrificación especial.

Y, ya equipados, los hombres cruzaron el amplio pasillo de paredes iluminadas para entrar en la sala de lubrificación.

Varios médicos atendieron a los recién llegados.

De tres en tres, fueron introducidos en celdas que cerraban herméticamente.

Cada uno se colocó en una especie de molde situado en la pared que más o menos estaba hecho de acuerdo con su anatomía.

Inmóviles y rígidos, aguardaron a que unas radiaciones —que surgían por tres conductos distintos— penetraran en su cerebro.

Terminada la operación, entraban otros tres.

Alguien exclamó:

—Tribet se ha caído.

Enseguida uno de los ayudantes de los doctores entró en la cámara para recoger el cuerpo exánime del que había caído al recibir las radiaciones cerebrales.

Una ligera ojeada le bastó para diagnosticar.

—Parálisis parcial del mecanismo de injerto.

Un médico ordenó:

—Condúzcanlo al quirófano.

Una camilla conducida por dos enfermeros transportó al inconsciente guarda hasta un moderno y funcional quirófano donde un equipo quirúrgico estaba preparado para la operación de emergencia.

Desde el interfonoscopio, Parchet preguntó a uno de los mandos, Rigo, su lugarteniente:

—¿Alguna novedad?

—Están interviniendo a Tribet. Uno de los hombres de la primera unidad, sufre parálisis parcial del injerto.

—Voy enseguida.

Una de las virtudes de Parchet era la de quererse ocupar personalmente incluso de aquellas cosas cuya competencia correspondía a los técnicos.

Parchet se sentía responsable hasta del último de sus hombres

aun cuando no estuviera bajo su mando directo.

Bajó al quirófano para presenciar la singular operación que posiblemente hubiese dejado estupefactos a gentes de otros planetas.

El cirujano jefe de la intervención, utilizando un bisturí electrónico, abrió la corteza craneal, por la parte superior del occipucio.

Más que un corte, aquello parecía una desoldadura, que dejó la cabeza del operado en situación de ser levantada como si se tratase de una tapadera.

Utilizando los guantes esterilizados, la parte interior de la corteza cerebral quedó al descubierto.

Nadie se extrañó del mecanismo interior de aquella cabeza.

¡El cerebro no existía!

En su lugar, y desde que implantaron las nuevas normas, un mecanismo especial se ocupaba de las funciones cerebrales.

La masa encefálica estaba sustituida por un aparato regulador que recibía la sangre de los vasos coronarios con la misma fluidez que si se tratara de un cerebro natural.

Utilizando los instrumentos propios, el médico desatornilló una de las piezas de material blando y examinó a través de una lupa el posible fallo.

—Se trata de la transmisión. Está obstruida. Debe de tener algún defecto procedente del corazón. Tardaré un par de días en repararle —manifestó.

—¿Es grave? —inquirió Parchet.

—Seguramente habrá que sustituirle el corazón. Enseguida lo sabremos.

Y con la misma celeridad con que le había abierto la cabeza, practicó con otro bisturí, igualmente electrónico, la abertura que dejó al descubierto el corazón del enfermo.

¡También era artificial!

La víscera normal había sido sustituida por otro mecanismo artificial que igualmente recibía los vasos sanguíneos que lubrificaban el mecanismo en su función reguladora y distribuidora.

—Una de las venas está obstruida. Habrá que sustituirla —informó el médico.

—¿Saldrá bien? —preguntó Parchet.

—Sí. Es una avería totalmente secundaria.

—Está bien. Prescindiremos de él.

Y Parchet salió para informar a Rigo.

—Tribet se quedará.

—Ha sido una lástima, es uno de los mejores hombres. Estaba propuesto para un ascenso.

Parchet sin replicar regresó a su despacho, donde poco después era informado que los hombres ya estaban distribuidos esperando la orden de marcha.

Parchet dio esa orden.

—Les deseo mucha suerte —añadió.

Más tarde, cuando regresó a casa, encontró a Ilma sentada en una tumbona en el jardín gozando de la tibia temperatura agradable y perenne de aquella zona residencial de Klandax.

Habíase despojado de sus ropas unificadas que, al igual que la de los hombres, se componía de un monopieza que cubría desde el cuello hasta los pies, marcando la silueta.

Las mujeres en estado de gestación cambiaban la prenda por una túnica.

Ilma llevaba esta túnica mucho más vaporosa. Le gustaba sentir el aire sobre su piel, cuándo estaba en la intimidad de su casa.

Parchet la observó un instante con aspecto preocupado. Ella apenas si se fijó en él.

Entró en su despacho y se encerró, asegurándose de que los aparatos de transmisión y recepción funcionasen perfectamente.

Al cabo de un instante, ella entró.

—Ahora no puedo atenderte, querida. Tengo asuntos importantes…

—Tú siempre tienes asuntos importantes —murmuró ella con cierta amargura.

—Ilma, por favor. Esto es grave.

—Solo te preocupa tu trabajo.

—No es momento de discutir, Ilma.

—Está bien, Parchet, no discutiremos. Pero quiero que sepas desde este momento que no quiero que nuestro hijo sea sometido a *tratamiento*.

—¿Qué?

—Me has entendido perfectamente. No deseo tener por hijo a un

monstruo.

Y sin añadir más desapareció del despacho de su *compañero*.

Capítulo V

EN aquellos momentos Parchet no podía discutir problemas meramente familiares y estuvo pendiente y a la escucha de los receptores que transmitían periódicamente las distintas posiciones de las Unidades.

Los informes invariablemente empezaban con las mismas palabras.

—Sin novedad en la Zona B.

—Sin novedad en el Montecalma.

—Sin novedad en la zona arenosa.

Helivoladores, motomóviles aéreos, bólidos de larga distancia y demás medios de desplazamiento estaban recorriendo Klandax concienzudamente.

Escuadras a pie batían el terreno yedroso cercano a las granjas.

Equipos especiales de buceadores se sumergieron en la zona de los grandes lagos.

Se buscó en los ríos.

También fueron registradas las cuevas de edades pretéritas.

Rigo transmitió su última orden desde el hemisferio opuesto:

—Estamos en el umbral de la zona de caza. Hasta ahora seguimos sin encontrar nada.

—Lo que buscamos no puede estar ahí. Si hay alguien vino en esa *cosa*, no subsistiría demasiado tiempo. Los animales le destruirían.

Rigo, después de cortar la comunicación, ascendió hasta una pequeña colina situada antes de las altas alambradas electrónicas

que tenían completamente cercada aquella parte de la zona.

Con la ayuda de un telescopio de bolsillo miró hacia el otro lado donde los distintos animales campaban a sus anchas.

Era una fauna heterogénea, compuesta por animales gigantescos, de leonino aspecto unos, otros semejantes a osos, aunque su morro era pronunciado y terminaba con un pequeño cuerno. Más allá, por entre las negruzcas aguas de un pequeño lago, asomaban cabezas de diplodocus.

Serpientes de cuerpo del mismo grosor que los troncos de los más gigantescos árboles parecían dormitar sobre el frescor de las rocas lisas.

Otros animales tenían el aspecto de escarabajos, pero su tamaño era elefantino.

Había…

En fin, con razón se había aislado totalmente aquella zona con las alambradas protectoras capaces de electrocutar al más fuerte de aquellos animales cuyo común denominador era la ferocidad.

Verdaderamente, si la *cosa* —aquella misteriosa caja— hubiera ido a parar allá dentro, sus posibles moradores no lo habrían pasado bien.

Rigo ordenó acampar en la zona y establecer turnos de vigilancia.

Los que daban muestras de fatiga se autolubricaban con las jeringuillas preparadas especialmente, pinchándose las sienes o inyectándose directamente al corazón.

Los mecanismos artificiales acusaban enseguida el estimulante y automáticamente el cansancio dejaba paso a la más perfecta actividad.

Rigo comentó con uno de sus ayudantes:

—Nuestros antepasados no habrían podido resistir tanto tiempo. Sustituir los corazones y los cerebros fue el gran invento de nuestra generación. Apostaría a que pocos planetas están tan adelantados como nosotros… Por eso no temo en absoluto a los posibles *tripulantes* de esa misteriosa *cosa*.

Y sonrió, muy seguro de sí mismo.

Entonces sonó un grito horrísono a poca distancia de donde se encontraba Rigo.

Cuando él y sus hombres acudieron encontraron a uno de los

guardas tendido en el suelo, inmóvil. Muerto.

¡Le faltaban los ojos!

* * *

—¡Nos estamos enfrentando con algo desconocido, querida! —exclamó Parchet.

Ella no contestó.

—Escucha, cuando esto termine, te prometo discutir lo del pequeño.

—No hay nada que discutir, Parchet… Yo nunca me he opuesto al progreso, pero estamos yendo demasiado lejos… Quiero que mi hijo tenga su propio corazón y su propio cerebro. Ahora no somos más que autómatas. ¿Acaso no te das cuenta?

—¡Por favor, Ilma! —exclamó Parchet pasándose las manos por las sienes—. Estoy lleno de preocupaciones. Acaban de informarme de que uno de nuestros hombres ha muerto de manera misteriosa.

—Estoy segura de que cualquiera de nuestros médicos le resucitará, cambiándole los mecanismos estropeados.

Hablaba con marcado desdén, con amargura.

—«Alguien» le ha arrancado los ojos. ¿No comprendes? Nuestra ciencia no llega a tanto.

—¡Qué lástima!

—Ilma. A veces consigues sacarme de quicio. ¿Qué tiene de malo nuestro sistema?

—He leído viejos libros. Antes los machos y las hembras poseían sentimientos, hasta los animales los tienen ahora. Y nosotros ¿qué? Actuamos como máquinas. No tenemos amor. Cuando queremos un descendiente tenemos que recurrir a una de esas pócimas envasadas con la jeringuilla preparada, como las que lubrifican los cerebros o estimulan los corazones prefabricados. Sin sentimientos, sin amor no se puede vivir.

—Pero… ¿qué te falta?

—Mira, Parchet, cuando tenía dieciséis años y me sentía mujer, y tú te acercabas a mí y me acariciabas, todo mi cuerpo se estremecía, sentía la dicha de vivir… Luego surgió la orden, la maldita orden, y mírame ahora; tengo veinticinco *años*. ¿Qué soy? ¿Qué eres tú? ¿Qué sentimos? Ni siquiera nos besamos porque eso ya no pasa de ser más que un acto maquinal, algo que se hace sin

sentir. La palabra sexo carece de valor. Somos machos o hembras porque anatómicamente estamos constituidos de forma distinta, pero nada más… *Nada más*. Nos unimos como compañeros, por rutina, por pura rutina. Si queremos descendencia compramos un inyectable…

—Esos sentimientos a que tú aludes —atajó Parchet— son los que perdieron a las generaciones anteriores. Nosotros estamos a punto de alcanzar la perfección… Hace poco lo he leído. Los que alcancen la perfección serán los amos y señores de todo.

—¿Y es eso lo único que importa?

—El poder es la aspiración suprema de todo hombre, de toda sociedad. Ser invencibles…

—No creo en esa clase de perfección, Parchet.

El hombre quedó pensativo.

—A veces creo que no te sometiste debidamente a los trasplantes… Piensas como si realmente…

—Tienes razón, Parchet, pienso así porque tengo mi propio cerebro y mi propio corazón. ¿Comprendes?

—¿Qué…?

—Eludí la orden. Firmé la ficha, arreglé el computador y el asunto quedó resuelto.

—Pero… ¿qué estás diciendo?

—¿Olvidas que yo trabajaba en el hospital?

—¡Ilma!

—Sí, Parchet. Nunca creí en esto, y no era por miedo. Simplemente ¡quería ser yo misma…!

—Esto es horrible. Soy el jefe de la seguridad… Si se supiera…

—No me importa que se sepa. Pienso irme, me escaparé. Habrá algún lugar donde me comprendan… Que sean menos perfectos, pero más humanos…

Parchet estaba anonadado. En aquellos momentos quizá le hubiese gustado poder *sentir* como antes, pero le era imposible. Tenía un cerebro que regía perfectamente todos sus actos, pero carente de emociones, igual que su corazón.

Sin embargo él amaba a su *compañera*. Cierto que la eligió antes de dictarse la orden de trasplante general, pero aún ahora la seguía amando, aunque ella tuviera razón al decir que la estructura artificiosa interior le impidiera, en el estricto sentido de la palabra,

tener emociones.

Se sabía, hasta cierto punto, un autómata, incapaz de seguir los impulsos de un sentimiento ajeno a lo que le dictara la razón. Aunque hubiese querido, no habría podido equivocarse en tal sentido.

¡Por esto se había impuesto a todos los habitantes de Klandax el trasplante colectivo de esos órganos!

En Klandax no existían los tontos. Cada cual en el cometido que le había sido asignado, y de acuerdo con su inteligencia primitiva resultaba un ser intelectualmente perfecto. Pero…

Sí, quizás Ilma tuviera razón. Faltaba amor.

¡Oh! No podía pensar en esas cosas en tales momentos. Parchet tenía una misión importante por la que velar, y el receptor lanzaba su zumbido para transmitir una nueva comunicación de la zona de Rigo.

—Parchet… He perdido a otros dos hombres —dijo la voz serena de su lugarteniente.

—¿Cómo ha sido?

—Por mordedura. Ambos tienen los dientes clavados. El sanitario que los ha examinado diagnosticó envenenamiento en la sangre. Es algo monstruoso…

—Pero… ¿Habéis encontrado la caja?

—No. Ni rastro de ella.

—Quizá… ¡Espera, mantente a la escucha! Hablaré con el profesor Van Mercury.

Parchet cortó la comunicación y se dispuso a restablecerla para hablar con el profesor, pero prefirió ir personalmente.

Antes de marchar y viendo que su compañera permanecía inmóvil ante un programa científico a través de una pantalla automática, murmuró:

—Voy a ver a Van Mercury. No te vayas. Por favor… Tenemos que seguir hablando de todo esto.

Subió rápidamente a la cúpula para meterse en la cabina y autoproyectarse hasta el despacho del profesor Van Mercury.

Las cosas iban mal.

Capítulo VI

VAN MERCURY dejó que Parchet expusiera su criterio de lo ocurrido.

—Admitamos que los supuestos *habitantes* de la *caja* hayan salido, recobrando su tamaño normal.

—Eso —interrumpió el profesor— sería tanto como dar por sentada la teoría del doctor K de que los objetos pueden reducirse de tamaño.

—Lo demostró con las hojas de hiedra.

—La hiedra no es materia humana. No está probado que un hombre pueda reducirse.

—Quizá se debió estudiar mejor el proyecto del doctor K —murmuró Parchet.

—Quizá… Pero esto se aparta de la cuestión.

—Al contrario — adujo Parchet—. Nos aproxima a ella. Y debemos partir de un punto concreto. La posibilidad de esa reducción.

—De acuerdo. Prosigue.

—Supongamos, pues, que en algún planeta han descubierto la fórmula y nos hayan mandado el *regalito*. Dijiste que en una caja de ese tamaño podían caber hasta un billón de seres.

—En efecto.

—Pues ahora supongamos que han salido de la caja y han recobrado su tamaño normal, que ignoramos cuál sea…

—Sí… Pero ¿quién les ha visto? —inquirió el profesor.

—¿Y esos tres hombres que han muerto?

—Me has hablado de envenenamiento de la sangre y otro al que le habían sido arrancados los ojos.

—Sí…

—Hummm —murmuró el profesor pensativo.

—¿Qué?

—Estaría más inclinado a creer, si fuera lo que tú dices, en un ataque masivo con armas.

—¿Y si no disponen de armas?

—¡Hombre! Con unos dientes tan afilados que revientan los vasos sanguíneos, y unas uñas, garras o lo que sean que pueden arrancar de cuajo los ojos… También son armas.

—Es que ante todo ignoramos cómo son esos seres —replicó insistentemente Parchet.

—Solo conseguiremos saberlo atrapando a uno.

—He ordenado que sigan registrando el terreno y que no se descuiden.

—Necesitamos a uno de esos hipotéticos seres, Parchet. Y lo necesitamos vivo —sentenció el profesor.

—Está bien, Van Mercury. Iré personalmente a esa zona.

El jefe de la seguridad nacional se puso en pie con intención de dirigirse hacia la puerta de salida.

—Parchet —advirtió el profesor antes de que su amigo cruzara el umbral—. Ten cuidado. Sabes que te aprecio mucho. Y tú vales… Abre bien los ojos.

Parchet asintió con una forzada sonrisa y se encaminó rápidamente a la cúpula.

Iba a salir hacia la zona de caza, tal como era conocido el lugar cercado donde habitaban las fieras, cuando de la misma cabina tomó el interfonoscopio y comunicó con su propia casa.

Quería hablar con Ilma. Decirle que permanecería ausente *media decena* por lo menos.

La pantalla le dio la imagen de su hogar. Estaba vacío.

—Ilma, Ilma —exclamó él a través del micro.

Nadie respondió a su llamada.

Accionó el botón de situación para buscar a su compañera; pero en ningún rincón de la casa pudo dar con ella.

Una súbita angustia le invadió. Su corazón y su cerebro metalizados no podían impedir que la desaparición de su mujer le

inquietara.

Ella le amenazó con irse y tal vez acababa de cumplirlo.

Pensó en el peligro que podía correr la humanidad. Era su deber como jefe de la seguridad intervenir personalmente y lo hizo.

Pulsó el botón e instantáneamente se encontró en la colina cercana al vallado metálico.

Rigo tenía otra mala noticia que comunicarle.

—Otro —dijo simplemente y mostró el cadáver de uno de los guardas.

—¿Cómo ha sido? —inquirió Parchet examinando al hombre que le faltaba poco para que sus ojos le salieran de las cuencas.

Tenía una expresión de terror indescriptible.

—Estrangulado.

Se acercó el sanitario.

—¿No observa nada anormal, Parchet? —dijo.

—¿Se refiere a los ojos? —inquirió el jefe de la seguridad.

—Sí.

—¿Miedo?

—Exacto.

—Quiere decir que…

—Ninguno de nosotros puede sentir miedo.

—Comprendo.

—Ese hombre no se había sometido a los trasplantes, por eso sus ojos expresan terror. Tendré que hacer un informe.

Rigo comentó:

—Eso significaría una revisión general.

—No es asunto mío —insistió el sanitario—. Pero debo informar.

—Ahora no —dijo Parchet.

—¿Por qué?

—Necesitamos a todos los hombres. No sabemos siquiera contra lo que nos enfrentamos.

—Debo informar —replicó el otro como un magnetofón.

—¿Cómo se llama usted? —inquirió Parchet con tono autoritario.

—Scholver.

—Está bien, Scholver. Le ordeno que hasta que se lo indique usted debe abstenerse de informar.

—Me permito recordarle, Parchet…

—¡Llámeme comisario Parchet! —espetó el aludido cortándole.

—Sí, comisario. Usted me está pidiendo que falte a mi deber.

—Le estoy dando una orden. Si es preciso informaré de ello al gobernador. Usted limítese a cumplir lo que se le manda.

—Lo que usted diga, comisario —replicó el otro adoptando un aire de falsa sumisión.

Se alejó, dejando solos a Rigo y a Parchet mientras dos ayudantes sacaban el cadáver con una camilla.

—No me gusta ese tipo —murmuró Parchet.

Rigo asintió.

—No. Pero tiene razón en lo del informe. Ahora más que nunca necesitamos a gente decidida, dispuesta, sin miedo.

—Estoy de acuerdo. Pero ello equivaldría a un largo proceso que mantendría inactivo a todo nuestro equipo. Necesito por lo menos esa media *decena* de tiempo.

—Por mí… —sonrió Rigo.

—Sí. Sé que puedo confiar en ti.

—Está bien. ¿Qué te propones? ¿Tienes algún plan? —inquirió Rigo volviendo al asunto.

—De momento quiero saber dónde fueron atacados los cuatro hombres que hasta el momento han sido muertos.

Rigo señaló hacia una dirección determinada.

—Allí. Donde empiezan los setos.

—¿Todos en el mismo sitio?

—Más o menos.

—Entonces tú y yo iremos a ese lugar. Que se acordone la zona. No nos moveremos hasta percibir la señal de que *alguien* ajeno a Klandax pueda acercársenos, y entonces… actuaremos de acuerdo con las circunstancias.

—Lo que tú ordenes.

—¡Rigo!

—¿Qué?

—¿Tienes miedo?

El lugarteniente sonrió.

—Sabes que no puedo tenerlo.

—Ya. Vámonos.

Se encaminaron hacia la zona considerada como peligrosa. Parchet dio personalmente las órdenes para que la mayor parte de

la unidad acordonara el sector donde habían tenido lugar los inesperados ataques de los supuestos seres misteriosos, ajenos al planeta.

Capítulo VII

LA espera se hizo larga.

Parchet pensaba en su *compañera*.

¿Dónde habría ido?

¿Acaso cumplió su amenaza de marcharse?

Sabía que, con intervalos cortos, naves experimentales salían de las bases destinadas a los vuelos interplanetarios.

Los bólidos espaciales recorrían la galaxia fijando sus miras en algunos planetas a los que se acercaban lo más posible para tratar de estudiar su atmósfera y la forma de vida de sus habitantes.

Algunas veces esos bólidos espaciales habían tomado *tierra* en continentes remotos y sus ocupantes recogieron muestras de tierra y de la flora que encontraban y despegaban rápidamente para regresar a la base. Nunca había habido aproximación con seres desconocidos para ellos aunque no faltaron a sus tripulantes oportunidades para ello.

Pensó que Ilma podría subirse a uno de esos bólidos experimentales. No era difícil por su especial circunstancia de *compañera* del «comisario» Parchet.

Luego, como polizón, seguir en alguno de aquellos viajes con misión de tomar contacto con otro planeta y descender para quedarse…

La idea de perderla, de no volver a verla, no podía entristecerle porque su cerebro mecanizado rechazaba tal sentimiento y su corazón tampoco admitía sentimentalismos; pero debía de haber algo más fuerte, más poderoso que aquellas vísceras artificiales, su

sangre tal vez, o su espíritu. Porque él experimentaba una tristeza profunda.

Y no… No podía admitir que Ilma se hubiese ido para siempre.

Quizá por ello la espera se le hizo más larga.

Rigo le sacó de sus pensamientos.

—¿Qué clase de seres crees que son?

—¿Cómo?

—Me refiero a los que nos atacan. ¿Cómo imaginas que pueden ser?

—Si lo supiera…

—Tal vez animales… ¿No crees que pueden existir planetas habitados por animales como esos que tenemos al otro lado de las alambradas?

—En los informes emitidos por el departamento de investigación Interplanetaria se indica que en los espacios habitados la gente es aproximadamente como nosotros.

—Pero hay lugares ignotos, inexplorados, donde jamás hemos llegado.

—Cierto —admitió Parchet.

—Nos hemos limitado a una investigación de los planetas más próximos, pero… ¿Qué hay más allá de nuestra galaxia?

—Van Mercury tiene el proyecto de realizar el viaje más largo jamás proyectado. Por fin saldremos de nuestro sistema planetario para adentrarnos a otros mundos.

—Y… ¿Quién te dice que esos mundos no estén habitados por animales mucho más feroces? Recuerda que, en un principio, Klandax, según los textos, estaba habitado únicamente por esos monstruos de los que ya van quedando pocos.

—Hasta que apareció el hombre —replicó Parchet.

—Habrá otros sitios donde el hombre no haya aparecido.

—Entonces no hay cuidado. Que se sepa, un animal no construye naves para dirigirse a otros espacios.

—¿Y si existieran animales más inteligentes que nosotros? ¿Es que acaso lo sabemos?

—No, Rigo. Si fueran seres inteligentes, ya no serían animales. Quienes nos atacan son seres más o menos como nosotros. Podrán parecemos monstruos por su apariencia; pero en su lugar de procedencia serán considerados hombres como tú y como yo. Como

todos. La forma no importa. Es la inteligencia lo que cuenta… Quizá K tuviera razón.

—¿Te refieres al doctor K y a su teoría de la reducción?

—Sí.

Rigo hizo un gesto de incredulidad, cuando entre el follaje de la exuberante vegetación empezó a moverse algo.

Ninguno de los dos lo advirtió.

Lo que se estaba moviendo procedía con sigilo. Ni un ruido, ni una pisada, ni siquiera un suspiro delataba su oculta presencia.

Rigo dio unos pasos alejándose del lugar de donde procedía aquel movimiento de hojas, oteando el siempre claro horizonte.

Cerca de sus pies se iniciaba una pequeña depresión que conducía a unas rocas.

—Voy a acercarme ahí abajo.

—Ten cuidado.

Parchet se sentó en el suelo dando la espalda al follaje que seguía moviéndose.

Entonces creyó percibir una voz extraña.

Miró alrededor.

Sus ojos no descubrieron nada, pero él seguía notando una voz débil, como un susurro apenas perceptible.

Acercó su mano a la pistola fumigadora, cuya doble misión consistía en matar por rayos o paralizar al posible atacante, mediante el disparo de una bala preparada con un producto narcótico.

Accionó el mecanismo que actuaba como paralizante.

Entonces escuchó la voz de Rigor

—¡Parchet! ¡Aquí! ¡Deprisa!

El joven, sin soltar el arma, se apartó de los setos para seguir por el sendero que había tomado su lugarteniente.

Le vio entre dos rocas algo más abajo. Señalaba un punto concreto sin que desde donde se encontraba Parchet pudiera distinguir qué era lo que llamaba su atención.

Descendió rápidamente hasta situarse al lado de Rigo.

—¿Qué es?

—¡Mira hacia allí! —indicó el otro.

Parchet siguió la dirección del dedo de su ayudante.

Sus ojos se agrandaron, al descubrir…

—¡La caja!

—Es eso lo que buscamos, ¿verdad? —inquirió Rigo.

—Sí —murmuró Parchet.

La caja estaba situada en una especie de corredor natural formado por dos rocas alargadas.

Dada su estratégica posición resultaba normal que los guardas no la hubieran visto, ya que por otra parte su color terroso constituía un buen camuflaje.

—Vamos a acercarnos. Pero con cuidado —advirtió Parchet tomando la delantera y sin soltar para nada su revólver.

Rigo le siguió a escasa distancia, igualmente armado.

—¿Qué?

—No podemos acercarnos demasiado. Dentro existe algo que paraliza. Escucha atentamente.

—Sí.

—Si ves que quedo inmóvil, no hagas nada ni te acerques. Espera para ver lo que ocurra. No me toques para nada. Lo importante es ver qué procedimiento usan para desplazarse.

—Déjame ir a mí…

—No, no. Tú haz lo que te digo.

Parchet avanzó y tuvo la impresión incluso de sobrepasar la distancia que había recorrido la vez anterior, cuando encontró el extraño artefacto sobre la hiedra de su jardín.

Siguió avanzando.

Le faltaba poco para hallarse junto a la cosa.

Se puso en cuclillas y lentamente avanzó los brazos. Casi podía tocar la caja sin que sus movimientos quedaran paralizados como la vez anterior.

—¡Cuidado! —previno Rigo.

Siempre con las debidas precauciones el jefe avanzó un poco más.

Al fin sus manos palparon la superficie de la caja.

Rigo, tras suyo, mantenía amartillada la pistola.

Parchet sujetó la caja con ambas manos e hizo un pequeño esfuerzo para levantarla.

¡Lo consiguió!

Su peso era relativamente insignificante.

Al darle la vuelta comprobó que estaba cerrada por sus seis

caras, y era —tal como creyó advertir la primera vez— completamente cuadrada.

Rigo le miró como preguntando: Y ahora ¿qué hacemos con esto?

Parchet murmuró:

—Hay que llevarla al laboratorio Central y avisar al profesor Van Mercury… Este material es desconocido. Tócala.

Rigo avanzó sus manos con cierto recelo.

—Es muy duro —murmuró.

De haberse conocido en Klandax la existencia del acero no habrían dudado en absoluto de calificarlo como tal. Pero las materias minerales naturales o las mezclas sintetizadas que usaban en el planeta eran muy distintas y desde luego de peso infinitamente menor.

Aun así, por sus pequeñas dimensiones la caja no era realmente pesada, y Parchet pudo transportarla sin esfuerzo alguno.

—Parece hueca —murmuró.

Rigo avanzó para llamar a varios hombres.

—Vayan al laboratorio central y avisen al profesor Van Mercury.

Parchet les entregó la caja.

—Nosotros seguiremos aquí… Si lo que había *ahí* dentro ha salido, puede que siga rondando por los contornos.

Rigo asintió ordenando que se reforzara el cordón de seguridad.

Los encargados de llevarse la caja cumplieron la orden.

Parchet quedó solo unos instantes; fue entonces cuando, de entre los setos, surgió algo…

Era un brazo huesudo lleno de vello, cuyos extremos terminaban con cinco dedos que parecían crisparse.

Tras el brazo surgió la misma voz que Parchet había escuchado antes.

Se volvió instintivamente y descubrió el brazo.

—¡Salga de ahí! —ordenó encañonándole con su pistola.

El brazo desapareció en el acto y Parchet comenzó a disparar las balas paralizadoras, carentes de ruidos por el obligatorio silenciador de toda arma.

Siguió abriendo fuego para batir toda la zona, pero ni un solo gemido, o ruido de peso alguno cayendo indicó que hubiese dado en el blanco.

Enfundando la pistola, se metió decididamente entre la maleza.

Alguien le estaba observando en la espesura.

Parchet, con los sentidos en tensión, pisaba con cautela mirando en todas direcciones.

Como si un sexto sentido le advirtiera del peligro creyó ver la *cosa*.

Casi al mismo instante una silueta que juzgó deforme se abalanzó sobre él.

Su misterioso atacante haciendo gala de una fuerza poco común aferró uno de sus velludos brazos en torno a su cuello apretando con tal fuerza que Parchet apenas podía respirar.

Concentrando todas sus fuerzas, soltó hacia atrás ambos codos alcanzando alguna parte del cuerpo de su enemigo que aminoró la presión, dando tiempo a que Parchet pudiera revolverse. Pero, inmediatamente, se encontró con un puño demoledor que le lanzaba hacia atrás, alcanzándole en pleno mentón.

Cayó entre la hiedra y vio cómo la forma se abalanzaba hacia él.

Entonces pudo ver perfectamente su faz, deforme, su cuerpo monstruoso, como hinchado y sus ojos grandes, brillantes.

Sin lo demás, hubiese podido ser como un ser igual o parecido a los de Klandax. Pero aquellas deformaciones… aquel rostro velludo, bestial, aquellos poderosos brazos que parecían de acero…

Le tenía de nuevo encima y ambos se enzarzaron en una lucha cuerpo a cuerpo.

El *ser* le atenazó por la cintura cortándole la respiración, y solo la férrea voluntad de Parchet, su fuerza, otras veces probada, y su temple consiguieron deshacerse de aquella terrible presa que le levantaba en vilo.

Golpeó a su atacante catapultando hacia delante ambos pies.

El otro acusó el efecto de las patadas recibidas en lo que debía de ser su pecho, abombado por una especie de joroba, y retrocedió para dar contra el tronco de un árbol.

Jadeó como si la lucha le agotara.

Parchet trató de recuperar fuerzas, pero enseguida su antagonista reaccionó y se lanzó sobre él como podía haberlo hecho un animal selvático.

Babeando, con boca abierta de largos y afilados dientes, intentó morderle. Parchet adivinó sus intenciones y esquivó la acometida y

la mordedura lanzándose a un lado.

Pero el otro seguía teniendo todas las ventajas.

Saltó sobre él, y de nuevo empezó un brutal cuerpo a cuerpo en una lucha que no admitía tregua ni cuartel. Parchet luchaba por separarse definitivamente de aquel *ser* y recuperar el arma que había perdido en la contienda.

Entonces, cuando el otro acercó más su rostro al suyo, Parchet hubiera tenido ocasión de horrorizarse de no haber estado inmune al miedo, porque aquel hombre, aquel *ser*, aquella cosa horrible, tenía más de dos ojos…

Entre el vello del rostro otras aberturas luminosas marcaban otros tantos ojos.

También bajo lo que debía de ser el cuello, se abría otra boca.

Y de los abultamientos de su cuerpo deforme salían brazos más pequeños, y manos, y pies que mantenía inmóviles por su escasa longitud.

Era realmente un monstruo.

Un monstruo que iba a poder con él, porque Parchet sentía debilitar sus fuerzas.

Capítulo VIII

PARCHET veía aproximarse a su rostro aquellas bocas babosas, y sentía en su carne, atravesando su vestido las afiladas garras de su antagonista.

Se relajó unos instantes para, en un impulso supremo, terrible, apartar de sí al monstruo que rodó por el otro lado.

Sin dejar que se incorporara, Parchet le soltó un patadón en el costado. El monstruo rugió, mientras con increíble agilidad se ponía en pie. Cuando intentó pasar al ataque, Parchet, utilizando ambas manos entrelazadas, golpeó su repelente rostro.

Un gruñido ininteligible se escapó de una de las bocas del ser.

De nuevo, Parchet aprovechó su ligera ventaja y avanzó golpeando con ambas manos.

Sus poderosos puños consiguieron alcanzar el rostro enemigo por dos veces.

Un tercer golpe lo lanzó a alguna distancia consiguiendo hacerle caer.

Entonces, viendo cerca su pistola, se lanzó ágilmente para recogerla y disparar, pero el otro, como si acabara de comprender el peligro, se esfumó por entre los setos y desapareció en la espesura.

Parchet, jadeante, le persiguió.

Nunca consiguió encontrarle.

—Busquen por todos los rincones, utilicen sus armas paralizadoras sin acercarse demasiado si es que le encuentran —fue la orden que dio a los hombres.

Rigo, que ni siquiera había podido intervenir en aquella breve

pero intensa lucha, cuyo desarrollo fue mucho más rápido de lo que se tarda en narrarlo, murmuró:

—¿Necesitas algo, estás herido?

—Creo que no. Ahora lo que me interesa es capturar a ese ser monstruoso… Es necesario que sepamos de dónde viene.

—¡Parchet! —exclamó Rigo—. Si ha salido de la caja… ¡es horrible! Puede haber otros.

—Eso es lo que temo… Tal vez miles de ellos. O millones. ¿Sabes lo que esto significa?

Rigo bajó la cabeza.

—Jamás podríamos hacer frente a seres semejantes. Creo que hay que dar parte al gobernador.

—Yo me encargo de ello. Ahora quiero ver a Van Mercury. Tal vez con la caja haya podido descubrir algo.

Rigo iba murmurando para sí:

—Es increíble… increíble…

* * *

Van Mercury no solo estuvo presente en la operación de la apertura de la *caja*, sino que asumió personalmente el mando de los trabajos.

Cuando Parchet llegó al laboratorio, el profesor había abierto el objeto.

—Vea esto —le indicó—. Es un depósito en miniatura. Fíjese en los compartimentos interiores.

—¿Compartimentos? —inquirió Parchet mirando la distribución interior.

—Lo verá mejor con el cristal de aumento. Venga.

Van Mercury depositó la caja sobre una mesa en la que se había practicado un hueco y depositó allí la caja, aplicando encima un cristal de aumento.

La caja tomó entonces proporciones similares a los de un apartamento normal.

—Su longitud sin reducir tiene que ser por lo menos cien veces mayor. ¿Lo ve bien ahora?

Parchet asintió.

—Parece como si tuviera un departamento de mandos.

—Y los tiene. Es una nave espacial.

—¡Una nave espacial reducida a ese tamaño! —exclamó asombrado Parchet.

—Sí. Eso da razón a la teoría del doctor K. Le hemos llamado.

—Pero… ¿Cómo podía volar?

—En el laboratorio están examinando la clase de combustible necesario. Pero es de suponer que con este tamaño, una insignificancia bastaría para lanzarlo *a millones de años luz*.

—Y esos agujeros…

Van Mercury asintió.

—A simple vista quedaban inadvertidos. Son visores para observar. Ventanas con cristal compuesto de una materia especial, distinta de la que utilizamos nosotros.

—Y ¿de dónde procede *esto*?

—Lo ignoramos… Debe de llevar infinidad de tiempo en el espacio. Quiero suponer que llegó aquí por casualidad. Debió de entrar en nuestra zona de atracción y entonces cayó…

—¿Por qué supone que ha pasado tanto tiempo desde que fue lanzada?

—Porque todavía no ha visto lo mejor… o acaso lo peor. Por eso he hecho llamar a K. Venga.

En otra dependencia de los laboratorios centrales de investigación, el profesor mostró una pequeña vasija de cristal, llena de agua hasta la mitad.

El recipiente era de los usados normalmente en la investigación de la microbiología.

A través de una lupa que le facilitó Van Mercury, Parchet pudo ver flotando en el aire cientos, miles tal vez, de seres diminutos. Sin embargo, una más atenta observación le permitió darse cuenta de que no se trataba de microbios más o menos conocidos.

¡Tenían forma humana!

—¡Profesor! —exclamó.

—Sí, Parchet… En su dimensión normal esos *microbios* tendrían nuestra misma forma aproximadamente. Observe las extremidades y la forma del cuerpo… Todo idéntico.

—¿Están muertos?

—Sí. Algo debió de fallar durante el largo viaje que realizaron y murieron por el camino…

Parchet pensó unos instantes.

—Hay algo que, no concuerda.

—¿Qué es?

—Dos cosas.

—Veamos.

—Usted habló de un billón de seres.

—Era solo una hipótesis.

—Luego ese hombre deforme que me ha atacado…

—Sí… Eso es extraño.

—Quizá no tanto. El que esos —y señaló la vasija— hayan muerto no prueba que otros estén vivos. Recuerde el desplazamiento que ha hecho la caja desde un hemisferio a otro de nuestro planeta.

Van Mercury asintió.

—Sí. No crea que no he pensado en esto, por ello me parece que valdrá la pena escuchar la opinión de K.

Un empleado entró en aquellos instantes para anunciar la llegada del hombre que estaban esperando.

—El doctor, señores.

—¡Que pase inmediatamente! —ordenó el profesor.

Capítulo IX

K se frotó las manos.

—Bueno, bueno, bueno… Al menos esto demuestra que mi teoría en otros *lugares* ha sido aceptada… Ustedes mismos han podido comprobar que es perfectamente posible la reducción de seres humanos.

—Ahora no se trata de darle la razón o quitársela, doctor —atajó Parchet—. Le hemos llamado para que nos ayude.

—¡Oh! Ya saben que tendré mucho placer… Pero tendrán que aceptar mis conclusiones, sin hacer comentarios destemplados. Les conozco… Sé que algunas cosas podrán parecerles absurdas; sin embargo, en el campo que nos ocupa me tengo por persona versada.

K era de los que no se andaban con rodeos en autoponderarse. Y de momento, su criterio resultaba necesario. Parchet y Van Mercury se cargaron de paciencia, mientras una llamada desde el hemisferio de Caza obligaba al jefe de la Seguridad Nacional a ponerse ante el intercomunicador para recibir las últimas noticias de Rigo.

—Lo siento, Parchet. A ese monstruo parece que se lo haya tragado la tierra. No aparece por ningún lado.

—Seguid buscando. No puede andar muy lejos.

El doctor K se había acercado y, cuando Parchet terminó la conversación, cerrando el fonorreceptor, murmuró:

—Descríbame a ese ser.

—Sí, doctor.

Y Parchet le explicó lo que había visto.

Cuerpo extremadamente velludo, piernas y brazos con las

mismas características, deformaciones en el pecho, vientre y espalda, a modo de jorobas. Varios ojos, distribuidos irracionalmente por distintas partes del rostro, dos bocas por lo menos aunque la que estaba en el lugar que podía considerarse como normal parecía la preferida del monstruo, o por lo menos la que más usaba de ella.

Luego concluyó mencionando los otros brazos, manos y pies que surgían de otras partes, pero que permanecían inmóviles.

Sin pensarlo mucho, el doctor K concluyó:

—En suma, *lo que luchó con usted* era un amasijo con forma humana, pero que bien podría decirse que era un conglomerado de gente formando una masa deforme. Algo así como una montaña de brazos, piernas, etcétera.

—Pues… tal vez pueda resumirse así —admitió Parchet.

—Señores… Vamos a hablar de esto con calma, y el mejor modo es hacer una demostración práctica. ¿Tienen la bondad de venir a mi casa? ¡Ah! Y lleven también esa vasija consigo —e indicó el lugar donde estaban aquellos seres microscópicos con forma humana.

Poco después, Van Mercury, Parchet y el jefe del laboratorio estaban en el lúgubre sótano del doctor K, que parecía sentirse muy importante ante tan dilecta concurrencia.

Entonces empezó su disertación, acompañada de experimentos.

* * *

La primera prueba había sido la de la pulverización de las hojas de hiedra, experimento que Parchet y Van Mercury ya conocían.

Luego explicó:

—Ahora lo difícil es que la materia recobre su tamaño normal.

Y aprovechó para hacer hincapié en que, si el gobierno le hubiese facilitado los fondos adecuados, Klandax habría sido el primer habitáculo de la galaxia en conseguir la reducción de la *materia*, sea cual fuere su origen.

Tras su propagandística disertación prosiguió:

—La vuelta a la dimensión normal de cualquiera de esos seres microscópicos —y señaló la vasija— es posible aun estando muertos.

Sonrió para añadir:

—El riesgo queda automáticamente eliminado. Si sale mal, no se pierde nada, puesto que parecen aparentemente muertos.

—Disculpe, doctor —intervino Van Mercury—. *Están muertos*.

—Nunca se está *enteramente* muerto, dilecto colega… ¡Oh, perdón! Quizá sea excesiva petulancia por mi parte el llamarle colega.

Van Mercury sacudió la cabeza ante la innecesaria aclaración del doctor K.

—Dejándonos de divagaciones, ¿qué le hace creer que esos seres no estén muertos?

—Pues… ¿Conoce usted la vivencia concreta de los microbios, profesor? ¿Podría decir exactamente cuándo un microbio está realmente muerto, sin posibilidad de revivirlo?

—Pues… No sé… Si hablásemos de microbios concretos… Pero, en este caso, son seres humanos, disminuidos, convertidos en microindividuos.

—Exactamente.

—Esto nos aparta de la cuestión —puntualizó Parchet—. Lo que interesa aclarar es la posibilidad de que parte de esos seres procedentes de la micro-nave puedan haber recobrado su forma natural. Como el que me atacó a mí.

—Eso tiene su explicación.

—¡Expóngala! —pidió Parchet.

Y K aprovechó para dar énfasis a su apologética explicación sobre la posibilidad de lo ocurrido.

—Veamos, señores. Imaginemos a un ejército convertido en microorganismos e introducido en una nave espacial, igualmente reducida.

—Bien —cortó Van Mercury—. La nave es tripulada, se pierde en el espacio y llega por casualidad a Klandax.

—Exacto —sonrió el doctor K—. Es indudable que entre los componentes de la tripulación y pasaje viajaran uno o varios médicos con la fórmula precisa para la vuelta a la dimensión normal de cada uno de los viajeros de la nave.

—Eso es —admitió Parchet.

—Estamos de acuerdo.

—Siga, doctor, y no divague, se lo ruego —rogó Parchet.

—La cosa es elemental, señores. El largo viaje causó la muerte a

varios de los componentes de la expedición, pero otros quedaron con vida. Al llegar a Klandax los vivos trataron de restablecer su volumen normal, pero algo falló.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Parchet, mientras el profesor Van Mercury frunciendo el entrecejo daba la impresión de que empezaba a comprender lo que el doctor K intentaba explicar.

—Los supervivientes —siguió el doctor— consiguen salir de la nave, o caja, como prefieran llamarla… Entonces su problema consiste en recobrar su auténtica personalidad; pero algo falla de nuevo y…

El doctor K hizo una pausa para concluir del modo que Van Mercury sospechaba:

—Los microhumanos se confunden en una o varias masas compactas… ¿Comprende?

Van Mercury asintió.

—Entonces, según usted, el ser que causó la muerte a varios de los guardas y que posteriormente atacó a Parchet no era en realidad *un hombre solo*.

—No.

—Era, pues —siguió el profesor—, el amasijo de varios seres microscópicos convertidos en una masa.

K sonrió.

Parchet también, comprendió.

—¿De modo que la cosa que me atacó no era un hombre solo? —tras una pausa meditativa añadió—: Eso explicaría su deformación… la multicidad de bocas, los brazos y manos que surgían de diferentes puntos de su velludo cuerpo…

—Desde luego, comisario Parchet —asintió el doctor—. Fue atacado usted por un auténtico amasijo de seres, con una o varias inteligencias y por supuesto con la agresividad propia de sus distintas mentes revueltas, estrujadas, compuestas o entrelazadas, como quiera llamarlas. Y además fuera de todo control…

Algo así actúa con un impulso salvaje y puede ser capaz de las peores atrocidades.

—¡Un conjunto de seres humanos reunidos en uno solo! —exclamó Parchet.

—Eso es exactamente *lo que le atacó*.

—Peor que un animal salvaje.

—Peor. Porque no hay ser más destructivo y perverso que el hombre.

—Entonces —aseveró Van Mercury— no hay más remedio que aniquilarle.

—Me temo que sí —murmuró K.

—Es una lástima… Si cualquiera de esos seres hubiese vivido… ¡quién sabe la información que hubiese podido facilitarnos!

—Aún es posible intentarlo… Necesitaré algún tiempo e instrumental preciso —replicó K.

El jefe de los laboratorios centrales que hasta entonces se había limitado a escuchar intervino para preguntar:

—¿Qué es lo que se propone, doctor?

—Intentar devolver la vida a uno de esos microhumanos.

Van Mercury hizo un movimiento de asentimiento.

—Creo que valdría la pena.

El jefe del laboratorio dio su aprobación.

—Cuente con lo necesario, doctor.

Y K sonrió satisfecho. Quizá pensaba en que había sido necesaria una frustrada invasión *extranjera* para llevar a cabo sus propósitos.

En adelante, todo dependía del doctor K, pero entretanto todavía estaba pendiente de resolución la captura del plurihumano, que ya había efectuado cuatro víctimas y seguía andando suelto.

K advirtió:

—Es posible que ese amasijo de seres convertidos a tamaño normal no sea el único. Ándense con cuidado.

Van Mercury observó la *caja*.

—Lo primero que convendría asegurar es cuántos formaban parte de la expedición.

—Eso también podremos saberlo —replicó K con aire de suficiencia.

Capítulo X

LOS microhumanos aparentemente muertos en la vasija sumaban el número de mil trescientos.

K calculó que el plurihombre que había atacado a Parchet estaba formado por un mínimo de veinticinco a treinta personas, amasadas y, por error del mecanismo de contrarreducción o readaptación, se habían fundido en un solo ser.

Calculando la capacidad de la micronave, por los departamentos reproducidos a tamaño normal gracias a las macrofotografías, podía estimarse que en conjunto habían viajado a bordo de la caja un millón de seres.

El doctor K, de común acuerdo con Van Mercury, estimó la posibilidad de que la mitad hubiesen muerto en la travesía e incluso se hubiesen desintegrado, lo que reducía el personal a quinientos mil hombres. Si mil trescientos estaban muertos en apariencia, quedaban cerca de cuatrocientos mil vivos y posiblemente amasijados en varios seres.

—Si calculamos a veinticinco hombres por cada masa humana, tendremos que más o menos ha invadido nuestro planeta un ejército de quince mil seres de las características del que conocemos.

—¡Quince mil! —exclamó el gobernador Godolus en su suntuoso despacho de su residencia oficial.

Parchet, presente en la reunión, intervino:

—Esos seres, señor, necesitarán alimentarse. Quizás esta sea nuestra oportunidad de librarnos de ellos.

—Nuestras defensas no disponen de igual número de

combatientes —repuso el gobernador cejijunto.

—Pero ellos carecen de armas, y de inteligencia. Según el doctor K, actúan por instinto. Podremos con ellos fácilmente en cuanto aparezcan…

—Un momento —intervino K—. Yo dije que la carencia de inteligencia se debía a que no puede existir una unidad de criterios entre cada uno de esos seres, pero existe un detalle importante.

Van Mercury se volvió hacia el doctor.

—¿Qué quiere decir?

—Pueden resultar indestructibles.

—Explíquese —ordenó el gobernador Godolus.

—Son veinticinco cerebros unidos, veinticinco vísceras cardíacas, veinticinco puntos vitales los que hay que destruir… Quiero decir que cada uno de esos seres es igual a veinticinco. Eliminando a uno quedan todavía los veinticuatro restantes… ¿De cuántos hombres disponemos?

El gobernador cambió una mirada con Parchet.

—Nuestras legiones llegan solo a diez mil —dijo el jefe de la Seguridad Nacional respondiendo a la mutua interrogación del gobernador del Klandax.

—También ignoramos si los *otros* han conseguido reunir sus armas. Y en todo caso carecemos de datos sobre la potencia de las mismas. No es tan fácil —resumió K, sin el menor optimismo.

—¿Qué sugiere usted? —inquirió el gobernador.

—Primero quisiera recuperar la vida de uno de esos microhumanos.

—Tendrá los aparatos que se le prometieron —replicó Godolus —. Pero ¿qué espera conseguir?

—Tener una charla con cualquiera de los supervivientes. Creo que es la única solución del problema.

—Está bien. Usted trabaje en ese sentido. Los demás… usted, Parchet, organice la defensa de la ciudad, sin descuidar, las zonas aisladas. La orden debe ser la de aniquilar a los extranjeros.

En aquel momento, el zumbido del fonoscopio anunció la llamada de alguien.

Era Rigo que llamaba desde la zona avanzada de vigilancia, lugar que había sido propuesto por Parchet, después del fracaso de la búsqueda de los posibles plurihumanos.

—Es para usted, Parchet —anunció el gobernador al ver la imagen de Rigo reflejada en la pantalla auditiva.

—¿Qué hay? —inquirió el jefe de la Seguridad Nacional.

—Está ocurriendo algo extraño. Creo que sería conveniente que un equipo de sanitarios reconociera a los hombres.

—¿Por qué?

—Los lubricantes encefálicos no les producen el menor efecto y muchos caen desmayados. Los sanitarios no se atreven a diagnosticar. Es algo fuera de su alcance.

—Está bien, Rigo. Mantente en tu puesto. Yo iré enseguida.

El gobernador, que había escuchado toda la conversación, murmuró:

—¿Qué puede ser esto?

Parchet se volvió hacia K.

—Usted también lo ha oído. ¿Qué opina?

—Está fuera de mi alcance. Pero podría ser un virus que los extranjeros hubiesen llevado consigo desde su planeta.

Y al decirlo se volvió hacia el profesor Van Mercury, que asintió corroborando las palabras del doctor K.

—Sí. Cabe en lo posible.

—Voy a ver qué ocurre —decidió Parchet.

Van Mercury decidió ir con él, mientras K volvía a su laboratorio.

El gobernador ordenó que las estaciones transmi-difusoras corrieran la noticia tanto por los audiorreceptores automáticos que actuaban sin que los moradores de las casas tuvieran necesidad de conectar radio alguna, y también por las pantallas visuales.

La alarma cundió cuando los locutores electrónicos anunciaron en forma tenaz, rítmica y monótona:

> *Peligro en la ciudad. Klandax invadido por seres extraños. Cierren puertas y ventanas, desconfíen de todo desconocido. No pierdan la calma, los guardas de la paz y el orden velan por todos… Peligro en la ciudad. Klandax invadido por seres extraños. Cierren puertas y ventanas…*

Y una y otra vez la noticia fue difundida, mientras Parchet y Van

Mercury, utilizando una de las cabinas autotransportadoras se proyectaban hacia el punto W de defensa. Denominado como Cota A.

Capítulo XI

—NO. NO he visto a tu *compañera* —murmuró Van Mercury, mientras esperaban a Rigo.

Parchet bajó la cabeza cejijunto.

—¿Qué ocurre, amigo mío?

—Temo que se haya ido.

—¿Ilma…?

—Sí. Es un problema personal.

—Si puedo ayudarte…

—Creo que nadie puede ayudarme…

—¿Dónde crees que puede haberse ido?

—No lo sé… Pero me gustaría que pudieras informarte de todas las naves que actualmente están en vuelo. Temo que…

La presencia de Rigo cortó el diálogo extraoficial.

—Es increíble lo que está sucediendo. He perdido a la mitad de los hombres. Todos han tenido que ser transportados al hospital. Algunos siguen por los alrededores, pero temo que no resistan demasiado.

—¿A qué es debido? —atajó Van Mercury.

—No lo sé exactamente. Me he puesto en contacto con el cirujano jefe del Klandax-Central. Me ha dicho que una influencia extraña paraliza los cerebros de los hombres. Es posible que haya que hacer nuevos trasplantes.

—Eso no puede ser —espetó Van Mercury.

Parchet añadió:

—No habrá repuesto para todos.

—Ya he hablado con la General-Electronic para que aceleren la producción.

—Eso no es suficiente —replicó Parchet—. Tardarán varios días.

Van Mercury adujo:

—Un hombre con el cerebro mecánico paralizado solo puede subsistir dos días.

—¿Y los demás? —inquirió Parchet.

—Ocurre algo extraño. Existen varios que no han captado la menor señal de relajamiento.

Parchet tuvo de repente una idea.

—Quiero hablar con esos hombres. Reúne a unos cuantos.

Rigo se apresuró a cumplir la orden.

Poco después diez hombres estaban frente a su jefe supremo, el comisario Parchet, que quiso que Rigo y Van Mercury estuvieran presentes en la entrevista.

—Voy a prescindir de sus nombres. En estos momentos no me interesan. Pero es de todo punto necesario que contesten a mis preguntas sin dilación. De ello puede depender el futuro de nuestro *habitáculo*.

Ninguno de los diez seleccionados replicó.

Parchet prosiguió:

—Como saben estamos seriamente amenazados. Todos ustedes han sido informados de la clase de peligro que nos acecha.

Hubo algún asentimiento.

Parchet continuó:

—Por algún motivo especial, ustedes, entre otros pocos, no han acusado esa extraña enfermedad que paraliza a sus compañeros.

Tampoco hubo comentarios al respecto.

—Bien. Yo creo conocer los motivos y agradeceré me los confirmen sin temor —añadió el jefe.

Tras una breve pausa inquirió:

—Ustedes no se sometieron al trasplante obligatorio, ¿verdad?

Los diez hombres se miraron entre sí, acusando en sus respectivos rostros la sorpresa y el temor.

Parchet insistió:

—Contesten sí o no. ¿Se sometieron al trasplante de cerebro y corazón prescrito en la orden que se dio en su día?

Otro silencio expresivo del temor.

—¿Es que no se dan cuenta? —murmuró Van Mercury—. Esa pregunta es de vital importancia. Si la enfermedad solo afecta a los que poseen los trasplantes ello quiere significar que solo ustedes están en condiciones de defendernos.

Uno de los diez hombres elegidos tomó la palabra para declarar:

—No, comisario. Yo no me sometí al trasplante. Sé que infringí la orden, pero tenía miedo.

Tras la declaración del guarda, avanzó otro para manifestar poco más o menos lo mismo.

Y así uno a uno confesaron su infringimiento.

—Vuelvan a sus puestos —ordenó Parchet.

Inmediatamente, ayudado por Van Mercury y Rigo tuvieron que interrogar uno a uno a todos los hombres restantes.

Al cabo de la larga y laboriosa tarea, dificultada por el temor de los que infringiendo lo prescrito no se habían sometido a las operaciones, amañando sus respectivas fichas, llegaron a los resultados que esperaban. Esto es, saber el número de hombres que, precisamente por conservar íntegras sus vísceras, resultaban aptos para combatir lo *desconocido*.

—De los diez mil hombres de nuestra guarnición de defensa —murmuró desalentado Rigo—, solo tenemos ciento veinte aptos. Ciento veinte que, por faltar a la ley, ahora resultan aptos para enfrentarse al enemigo…

Observó el último parte.

Las noticias eran desalentadoras. Uno a uno los restantes hombres iban cayendo exhaustos, inservibles para la lucha, con paralización parcial de sus respectivos cerebros o manifiesta debilidad cardíaca.

Por una u otra razón, el ejército se iba diezmando y solo aquellos ciento veinte quedaban aptos para cubrir y combatir la posible amenaza de quince mil seres infrahumanos, extranjeros, procedentes de algún planeta desconocido o ignorado que, de un momento a otro, podían invadir el Klandax-Central en busca de alimentos.

Aun contando con que los enemigos no llevasen armas, había que tener en cuenta que cada uno era el computo de veinticinco, lo que valía a decir que había que *matarle* veinticinco veces.

Parchet reunió a los útiles.

—Supongo que dadas las circunstancias sentiréis verdadero pánico. No puedo, sin embargo, imponeros ningún castigo. Os necesito. Quizá la próxima víctima sea yo mismo; Rigo también está expuesto a quedar inmovilizado y Van Mercury tampoco será una excepción. La salvación de Klandax, repito, depende de vosotros. Yo intentaré estar a vuestro lado. Tenéis mis instrucciones… Solo puedo desearos mucha suerte y que no perdáis la serenidad. Disponéis de sentidos propios. Utilizadlos. Eso es todo lo que tengo que deciros.

Y cuando Parchet terminó su arenga a los ciento veinte combatientes acusó un extraño relajamiento que quiso combatirlo lubrificando su cerebro y estimulando su corazón.

Van Mercury murmuró:

—Vamos. Vete a tu casa. Descansa.

—Temo que sea demasiado tarde. Todos estamos construidos por el mismo patrón. Yo no soy mejor que los otros… Temo que mi existencia esté corriendo la misma suerte que la de los demás.

Van Mercury se lo llevó.

Una aeromoto los transportó hasta la cabina inmediata desde donde se proyectaron hasta el hogar de Parchet.

Ilma seguía sin aparecer por casa.

Parchet al tenderse en la tumbona del *hall* exclamó casi para sí:

—Es posible que ella tuviera razón, profesor… Es muy posible que los equivocados seamos nosotros.

Lanzó un suspiro y cerró los ojos.

Van Mercury permaneció a su lado pensativo.

Capítulo XII

LOS plurihumanos constituían un ejército totalmente desorganizado, pero terriblemente eficaz.

La fuerza anormal de la que estaban superdotados se veía reforzada por armas que los guardas de Klandax desconocían totalmente.

Armas que manejaban con sus deformes manos, algunos de ellos, como monstruos de pesadilla, empuñaban hasta cuatro rifles, que sostenían con las diversas manos que salían de distintas partes de sus cuerpos extraños.

No había uno solo de aquellos multiseres que tuviera una constitución semejante a la de otro.

Como masas compactas vueltas a la normalidad y mezcladas por algún fallo, ofrecían características distintas, pero siempre deformadas.

Disparaban aquellos rifles que vomitaban fuego devastador. No les era preciso fijar su puntería. Sus rayos destruían —atomizaban— todo cuanto alcanzaban.

Los muros laminados, protectores, a prueba de fuego, especialmente construidos para casos de emergencia, quedaban reducidos a cenizas humeantes en cuanto los rayos devastadores de las armas extranjeras prendían en ellos.

Los ciento veinte defensores de la cota no podían contener el ataque. Sus armas mortíferas no alcanzaban la distancia suficiente para hacer frente a aquel enemigo inhumano.

Tampoco podían aguardar a que se acercaran, puesto que no

tenían más remedio que retroceder.

Pinker, erigido en jefe, puesto que Rigo había tenido que abandonar la lucha, preso del mismo estado impotente que el resto de los guardas, dominaba su miedo alentando a los hombres.

—Nos destruirán. Sus armas son más modernas y mucho más eficaces que las nuestras —exclamó uno de los combatientes amparado en la solidez de una roca que hasta entonces había permanecido inmune a los rayos mortales de los deformados enemigos.

—Tenemos que impedir que invadan la ciudad. Voy a comunicar con el comisario Parchet. Entretanto no tenéis que ceder.

Pero los plurihumanos avanzaban, atomizando, destruyendo la hiedra floreciente, la vegetación que hacía de Klandax un vergel.

Las construcciones del parque de recreo se derrumbaban al contacto con los destructores rayos.

Media docena de defensores habían perdido la vida. Sus cuerpos quedaron convertidos en cenizas.

Aquello era el fin.

* * *

Parchet se sentía confuso, mareado. Algo no regía bien dentro de su cerebro.

Tuvo que hacer un esfuerzo para tomar el receptor.

—Comisario. Soy Pinker. No podemos contener el ataque. Es un ejército perfectamente armado.

—Intenten resistir, Pinker. Yo hablaré con el doctor K. Consigan ganar tiempo.

—Lo procuraremos, comisario.

Van Mercury, que no se había movido del lado de Parchet, murmuró:

—Deberías quedarte aquí. No estás en condiciones.

—Tengo un deber que cumplir.

—Creo que el mejor deber es preparar todas las naves disponibles y evacuar Klandax.

—¿No hablará en serio, profesor?

—¡Y tan en serio!

—No… Lucharé hasta el final… Mientras tenga fuerzas, mientras mi cerebro me permita pensar…

—No lo conseguirás. Algo hay en esas gentes… Tal vez sus cuerpos… o algo que no conocemos, que tenga el poder de paralizar nuestros cerebros… Esa es su mejor arma contra la que no podemos combatir.

—Soy el jefe de la Seguridad Nacional, Van Mercury. Y tengo que cumplir con mi deber.

—Haz lo que quieras. Yo voy a disponer todas las naves. Aconsejaré al gobernador la evacuación. Tú haz lo que quieras. Te lo he advertido. Se trata de salvar a nuestros conciudadanos.

—¿Y tú eres quien habla así? —afeó Parchet—. Hemos adelantado más que nadie en la investigación espacial. Descubriste el modo de autoproyectarnos eliminando el problema de las distancias. Podemos intercomunicarnos sin más complicaciones que un vulgar transmisor que no conoce distancias, y hasta ahora creíamos disponer de armas capaces para defendernos. Y ahora quieres abandonar todo…

—Soy científico, lucho por el saber, pero ignoro las artes de la guerra. Vienen a destruir lo nuestro y luchando no conseguiremos sino que nos aniquilen. Ahora no pienso en mí, sino en nuestros conciudadanos. Lo siento, Parchet.

—No hablas como los demás.

—Será porque yo también he preferido ser como tu *compañera*.

—¿Qué…?

—Sí, Parchet… Tampoco yo me sometí a los trasplantes. Mi corazón siente y mi cerebro me aconseja sin automatismos. Amo la vida, la naturaleza, y estoy enamorado de mi *compañera*…

—Van… —empezó Parchet lleno de confusión.

—No. No reprocho a los que cumpliendo órdenes se sometieron, pero yo tampoco creo en los cerebros artificiales. Ya hemos visto de qué sirven. Tal vez un arma magnética, un pedazo de electroimán los paralice a distancia…

Hizo una pausa.

—No os abandono —añadió—. Hablo lo que me dicta la razón.

—Está bien, Van… Sálvalos, pero yo he de cumplir mi obligación. Soy el comisario. Y tengo plena conciencia de mi deber. Con cerebro mecánico o no, mi puesto está aquí.

Hizo intención de dirigirse hacia la puerta. Se volvió.

—Van… Si encuentras a Ilma, dile que la comprendo… Que ya

es demasiado tarde para que yo pueda ser como ella; pero, pase lo que pase, nuestro hijo será como ella desea… Díselo, Van.

Se alejó de la casa por la parte que ascendía hacia la cúpula, para autopropulsarse hacia la casa del doctor K.

Capítulo XIII

EL material que había estado esperando estaba amontonado en su laboratorio subterráneo. K intentaba ponerlo en orden y con ayuda de algunos técnicos daba órdenes para que se efectuaran las conexiones que debían regir los mandos de la cabina *reproductora*.

Había separado algunos de los microhumanos de la vasija y con ayuda de unos preparados químicos intentaba hacerlos revivir.

Cuando apareció Parchet por la puerta se volvió sonriente.

—Las cosas andan mal por ahí fuera, ¿eh?

—Andan peor, doctor… ¿Qué ha conseguido usted?

—Deme tiempo, comisario. Primero necesito hacer revivir uno de esos microbios humanos. Luego, cuando la cabina esté en condiciones de funcionar, veremos lo que consigo.

—Van Mercury ha ido a hablar con el gobernador. Pretende aconsejarle evacuar la ciudad.

—Pues no es mala idea, conforme están las cosas…

—Doctor… Si consiguiera devolver el tamaño normal, vivo, a uno de esos seres… ¿cree que nos diría la fórmula para salvarnos?

Parchet se dejó caer en un taburete.

K, antes de contestar a su pregunta, murmuró:

—Usted también se encuentra mal, ¿verdad?

—Sí… Algo no rige bien.

—Se acercó demasiado a la zona contaminada.

—¿Contaminada?

—He podido averiguar que existe una cierta contaminación en el organismo de nuestros visitantes… Supongo que, al ser reducidos de

tamaño hasta convertirlos prácticamente en moléculas, se utilizó alguna forma radiactiva que actúa como fuerza magnética y esa puede ser la causa de que los cerebros artificiales acusen esa paralización temporal.

—Algo de eso dijo Van Mercury.

—Hay un remedio, pero puede ser peligroso.

—¿Qué remedio?

—Inyectar organismos radiactivos de mayor potencia.

—¿Y cree que…?

—Es un riesgo que hay que correr. Esos organismos combatirán a los otros y estimularán el cerebro dando actividad a la víscera cardíaca… Esa es una de las posibilidades. La positiva.

—¿Y la negativa?

K sonrió con pesimismo.

—Pueden destruir todo el organismo.

—Comprendo el riesgo.

—Alguien debe probarlo. Y tiene que ser un precisamente un hombre.

—Yo seré ese hombre, doctor. Haga la prueba conmigo.

—Usted es el comisario.

—Haga esa prueba. Si conmigo da resultado lo dará con los demás. Sería el único medio de enfrentarnos a los extranjeros.

—Es arriesgado, comisario Parchet. Muy arriesgado.

—Si alguien debe correr el riesgo, tengo que ser yo. Todo está perdido.

—Me halaga que confíe en mí y admiro su valor. Prepararé el inyectable.

Poco después, K tenía dispuesta la jeringuilla con la que debía inocular el virus radiactivo dosificado que lo mismo podía curar que matar.

Parchet se tendió en la mesa del rudimentario quirófano del doctor y se remangó la manga de su traje.

El médico buscó una vena y antes de pinchar observó unos instantes a Parchet como si quisiera darle tiempo para que rectificara su decisión.

El comisario jefe de la Seguridad Nacional murmuró:

—Cuanto antes, doctor.

—No sabremos los resultados hasta dentro de un buen rato. De

momento perderá usted el sentido.

—Dese prisa.

—Como usted diga.

Y el doctor K pinchó la vena.

Inmediatamente Parchet sintió un mareo. Se oscureció a su vista. Su cerebro rápidamente dejó de coordinar. Una caótica confusión presidió sus últimas ideas, y antes de desvanecerse tuvo un pensamiento para Ilma, su *compañera*…

* * *

El interfonoscopio zumbó en el laboratorio del doctor K.

Era el profesor Van Mercury.

—Doctor. Sé que Parchet está con usted —dijo la agitada voz de Van Mercury—. Póngame con él. Necesito hablarle con toda urgencia. Dese prisa, doctor.

—Lo siento. En estos momentos es totalmente imposible. Está… Está dormido.

—¿Dormido? ¿Quiere decir que se ha desvanecido?

—He hecho un experimento con él. Si da resultado será un éxito para todos, pero no puedo asegurar nada.

—Pero… ¿Cómo ha sido capaz?

—Parchet es un hombre valeroso, profesor.

—Bien… En tal caso, déjelo. Pero cuando despierte… dígale que… —Van Mercury pareció vacilar.

—Hable, profesor —instó el médico.

—Se trata de Ilma.

—¿Le ocurre algo?

—Intentaba huir en una nave. Cuando se ha enterado de que Parchet no estaba bien quiso regresar. Pero la nave fue derribada por uno de esos rayos que manejan los extranjeros…

—¿Ha muerto?

—No. Aunque quizás habría sido mejor para ella, porque la nave cayó en la zona que dominan los plurihumanos. Seguramente está en su poder.

—Es una mala noticia.

—Sí, sí lo es… En fin, doctor. Estamos haciendo los preparativos para la evacuación. El gobernador ha dado su consentimiento. Los que deseen irse deben concentrarse a la base de lanzamientos.

—De momento no cuente conmigo, profesor. Tengo mucho que hacer en mi laboratorio. Buena suerte.

La comunicación fue cortada por ambas partes y el doctor volvió a su trabajo de revivificación de los microbios humanos, cuando los empleados que efectuaban las instalaciones dieron su trabajo por terminado.

K observó las novedades. No estaba del todo satisfecho, pero para empezar y dada la premura del tiempo pensó que menos era nada.

Las reacciones químicas, tras una larga y exasperante espera, comenzaron a dar resultados.

A través del microscopio, uno de los microbios comenzó a moverse.

Braceaba como si se encontrara en pleno océano y buscaba una orilla.

No cabía la menor duda de que se trataba de un hombre reducido a un tamaño inverosímil.

Utilizando una especie de cuchara le sacó del recipiente y lo condujo a la nueva cabina.

—No sé si habrá suerte, amigo, pero tendrás que servir de prueba.

Con la puerta cerrada herméticamente, sin la lupa o el microscopio, aquel ser infinitesimal quedaba totalmente invisible como los parásitos que pueblan el agua de los manantiales.

El doctor K se apresuró a accionar los mecanismos que según sus cálculos debían volver a su tamaño normal al microbio humano.

Pulsó primero el botón marcado con la letra A.

Los cristales de la cabina quedaron automáticamente empapados, opacos.

Enseguida el médico bajó la palanca que enrojeció el interior de aquella especie de urna.

—Ahora viene lo más difícil —volvió a murmurar, hablando consigo mismo.

Pulsó un nuevo botón y corrió hacia la izquierda un mando rojo.

Las agujas de control de los nuevos contadores instalados oscilaron como impulsados por una fuerza magnética. La cabina pareció cimbrear mientras en su interior podía observarse una intensa presión.

K permaneció a la espera con la mirada fija en el medidor del tiempo.

Y entretanto…

* * *

Entretanto, Parchet seguía en la inconsciencia tendido en la mesa del rudimentario quirófano.

No se operaba la menor reacción en su cuerpo que permanecía exánime, inmóvil.

* * *

De los ciento veinte combatientes aptos para hacer frente al invasor sin acusar los extraños efectos de paralización, solo quedaban noventa con vida.

Pinker anotaba las bajas, y seguía en el puesto siguiendo las últimas órdenes de Parchet, de ganar tiempo.

Pero los resultados eran nefastos.

Los plurihumanos habían conseguido efectuar algunas penetraciones por los flancos.

Del observatorio de Montelunar notificaron la presencia de varios de los atacantes y luego, bruscamente la comunicación quedó cortada.

Un receptor visual portátil dio la imagen de la destrucción total del observatorio y seguidamente la presencia de los seres deformes que avanzaban hacia la ciudad.

A pie, y con la considerable distancia que les separaba, tardarían un tiempo cuantioso, pero no el suficiente para que la ciudad pudiera ser evacuada en su totalidad.

El momentáneo destino que había propuesto Van Mercury era el satélite Luna, pero para ello se necesitaba un equipo completo y oxígeno suficiente para que los evacuados pudieran subsistir.

La ausencia de elementos que permitieran la respiración hacía del satélite un simple lugar para experimentos, pero nunca una larga estancia. Sin embargo, era el único sitio próximo —relativamente— para salvarse —de momento— de la amenaza de los deformes invasores de Klandax.

Pinker intentó localizar a Parchet.

Cuando lo consiguió, el comisario seguía bajo los efectos del

inyectable, y el doctor K, pasado el tiempo que había calculado, volvió a correr la palanca y a pulsar los mecanismos para comprobar el resultado de su experimento.

¿Habría conseguido volver a tamaño normal el microbio humano?

Capítulo XIV

LENTAMENTE el cristal quedó desempañado.

K miró con ojos de sorpresa y admiración el interior de la cabina.

¡Había un hombre!

¡Lo había conseguido!

Un hombre de altura aproximada a la de los habitantes de Klandax.

¡Un hombre!

Maniobró en la palanca que abría la hermética cabina y entonces al acercarse vio cómo aquel ser humano se inclinaba hacia delante.

Con los ojos abiertos de par en par y una extraña mueca en los labios se desplomó rígido hasta rebotar en el suelo.

K se inclinó sobre aquel cuerpo tan parecido a los de los hombres de Klandax. Le dio la vuelta y auscultó su corazón.

No latía. Estaba muerto.

Sin embargo, podía diagnosticar sin lugar a dudas que el fallecimiento había sido reciente. Muy reciente.

—Si es así —se dijo hablando consigo mismo en voz alta—, el fallo es del mecanismo.

Se quedó unos momentos estudiando los datos previstos.

—Algo ha fallado… Yo he hecho lo que debía…

Consultó unos apuntes.

—Tal vez la tensión… Quizá sea demasiado fuerte.

Luego él mismo negó con un movimiento de cabeza.

—La vibración en el espacio es mucho mayor y, si aguantó el arranque de un proyectil, tenía que aguantar esto.

Miró en el recipiente de los microbios salvables y comprobó que otros dos estaban haciendo esfuerzos dentro del agua. Braceaban intentando mantenerse a flote.

Le quedaban, por tanto, otras dos oportunidades.

—Tiene que salir bien… Quizá disminuyendo la presión… Tendré que intentarlo.

Y K hizo la misma operación que la vez anterior.

El zumbido le indicó que alguien estaba en el receptor para hablarle.

Era el gobernador.

—Oiga, K…

—Sí, señor.

—¿Qué diablos ha ocurrido con Parchet?

—Está conmigo, señor. Estaba débil y me pidió que experimentara con él cierta sustancia que puede reponer sus fuerzas.

—Está bien… Y usted ¿qué ha conseguido?

—De momento he fracasado, pero no pierdo las esperanzas.

—Dese prisa. No hay posibilidad de que pueda ser evacuada la ciudad en masa. Falta equipo. No estamos preparados para un caso como este… Si usted consigue resultados con uno de estos seres quizá tengamos una oportunidad.

—Estoy haciendo todo lo posible.

—Comuníqueme los resultados en cuanto haya algo positivo —advirtió el gobernador.

Antes de cerrar, K prometió:

—Descuide, señor.

* * *

Ilma había intentado huir a través de la zona de setos próxima a donde el piloto de la nave tomó contacto con el suelo, después de que fuera alcanzado por los rayos de los invasores.

Destruida la nave, desde la base habían perdido todo contacto con el piloto.

—Corra, corra, sálvese —gritó el piloto acosado por los seres deformes que avanzaban disparando.

No afinaban su puntería. Se movían como subnormales. Algunos vistos de cerca mostraban varias piernas y andaban con torpeza, otros —como ya había descrito Parchet— disponían de otras extremidades hundidas en su cuerpo. Abundaban los que ostentaban tres y cuatro brazos que surgían de lugares inverosímiles. No faltaban los que entre el vello de su rostro mostraban hasta tres pares de ojos.

El piloto se defendió con su pistola fumigadora. Algunos gritaron guturalmente pero siguieron avanzando. La teoría del doctor K seguía siendo cierta. Se necesitaba *matarlos* varias veces hasta terminar con su plurivitalidad.

El piloto agotó las cargas de su pistola y una ráfaga de rayos le convirtió en ceniza.

Aterrada, Ilma corría por la espesura buscando un lugar donde esconderse de aquella espantosa visión, del tremendismo de unos seres que además de horror inspiraban repulsión.

¿De dónde habían surgido aquellos hombres?

¿Quién era el inventor de aquellos engendros?

La joven consiguió llegar hasta las grutas naturales, cuyas rocas podían servirle de momentánea protección.

Pero cerca de allí seguían rondando los invasores.

¿Cuánto tiempo tardarían en descubrirla?

* * *

En el laboratorio, K seguía con su segundo experimento.

La cabina había vuelto, a tomar el color opaco del vapor, y el rojo del segundo contacto; poco después, y con un poco menos de presión, recobraría su aspecto habitual.

K observó los resultados.

No podían ser más desalentadores. El hombre también reapareció cadáver.

El breve examen del médico le hizo llegar a la conclusión de que la muerte se producía durante el «crecimiento».

Pensó unos instantes.

—¡Dos fases! —se dijo.

Sí. Quizá si hiciese la operación en dos fases…

Solo le quedaba una última oportunidad. De los microbios existentes solo tres habían logrado sobrevivir y aquel que ahora

tomaba con la cuchara y depositaba cuidadosamente en el interior de la cabina era el último.

Repitió la operación.

Capítulo XV

CUANDO K paró la máquina y el cristal de la cabina se desempañó, apareció a través del vidrio una figura enana.

El doctor se aproximó para observarle.

¡Vivía!

Había conseguido aumentar su tamaño hasta la mitad de su estructura normal, consiguiendo que hasta aquel momento el hombre siguiera con vida.

Prosiguió el experimento con sumo cuidado.

Al poco tiempo comprobó los efectos.

El ser, dentro de la cabina, había recobrado las que debían de ser su altura y envergadura primitivas.

Al abrir la puerta pudo comprobar que seguía con vida, aunque se mostraba visiblemente débil.

Le ayudó a salir y le sentó en un taburete. Pensó unos instantes y decidió inyectarle.

Comprobó que los brazos eran idénticos a los de cualquier habitante de Klandax, solo que tenían algo más de vello.

También el rostro del extraplanetario necesitaba de un buen afeitado, operación que en Klandax resultaba totalmente desconocida.

K comprobó el funcionamiento de la víscera cardíaca.

Sonrió cuando escuchó los latidos.

Se hallaba, pues, ante un corazón completamente normal.

Las pulsaciones, débiles al principio, recobraron lentamente su ritmo normal tras el inyectable que K le había aplicado en la vena.

La respiración del *extranjero*, se normalizó.

Por fin mirando alrededor, mostró extrañeza, primero, desconcierto después y un súbito temor que reflejaba en sus ojos curiosos, escrutadores.

Murmuró unas palabras que K no pudo entender.

—Espere un momento, amigo —murmuró sonriendo, como dando a entender de que no tenía nada que temer.

K se alejó un momento pasando a la habitación contigua para buscar entre sus apuntes.

Al fin pareció encontrar lo que buscaba.

De entre varios diminutos rollos de película, extrajo uno que colocó en el proyector correspondiente y lo pasó ante la mirada atónita del visitante de otro planeta.

En la pantalla simbólica aparecieron unos signos.

—¿Los comprendes? —preguntó K.

El hombre no se movió. Sus ojos seguían mostrando extrañeza. Miró a la cabina, y mientras el doctor se afanaba buscando otro rollo cuyos signos pertenecieran a otro lenguaje, el otro miró a la cabina.

K no había advertido que en el suelo de aquel reducto acristalado había quedado un arma —especie de fusil corto— que pertenecía al extranjero.

Lentamente el hombre se acercó a la cabina.

K al darse cuenta corrió hacia él.

—¡Quieto, hombre! Estoy tratando de que nos comprendamos —al ver el arma añadió—: ¿Para qué la necesitas?

Se adelantó para recogerla.

—Si no te molesta, la guardaré yo… No me comprendes, ¿verdad?

El extranjero siguió en el silencio más absoluto, escrutando al doctor que pasó un tercer rollo donde los signos eran distintos.

El otro musitó algo ininteligible.

—Te estoy pasando diversos códigos… Los hemos recopilado de otros planetas. P-l-a-n-e-t-a-s —deletreó—. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

—Planetas —repitió el extranjero.

—Eso es… ¿Cuál es el tuyo? ¿De dónde demonios sales? ¿De qué sitio procedes? Haz un esfuerzo.

Lo que replicó el otro, K lo tradujo poco más o menos como: «No comprendo».

Y la forma de decirlo le dio una idea.

—Ese modo de hablar… Espera…

Un nuevo rollo proyectado en el aire dio la clave definitiva.

El visitante forzó una tímida sonrisa.

—Ahora ya nos entenderemos, ¿verdad? —sonrió.

K redactó unos signos mientras hacía ademán a su *invitado* para que esperase. Luego puso el papel en un pequeño computador y tras esperar unos momentos surgió una tira de papel con varios taladros. Colocó la tira en un pequeño rollo de película virgen que quedó pegada por contacto. Y, como si se tratase de un revelado hecho a plena luz, pasó la película por un líquido; al sacarla, la enrolló en un carrete para depositarla en el proyector.

Valiéndose de este sistema pudo formular preguntas al *visitante*.

Los signos eran perfectamente captados por el extraplanetario, que a su vez preguntó:

—¿Cómo conoce mi idioma? ¿Dónde estoy?

K le advirtió que hiciera las preguntas sirviéndose del proyector al que había acoplado una máquina con varias letras, de modo que para hablar entre sí tenían que utilizar el teclado e inmediatamente en la pantalla quedaba formulada la frase.

El *visitante* repitió las dos preguntas que había hecho primero y K respondió enseguida.

—Conocemos muchos idiomas por la abundancia de viajes que realizamos. Pero hace ya muchísimo tiempo que dejamos de visitar vuestro planeta —hizo una pausa y añadió—: Ahora te encuentras en Klandax. Pertenece a la llamada segunda Galaxia, pero esto está muy lejos de donde tú procedes…

—Nunca había oído hablar de ese sitio… Ni sé siquiera cómo he llegado.

—Eso es lo que nos interesaría saber a todos… Las noticias que poseemos de vosotros es que andabais bastante atrasadillos…

—Sí… Es posible.

—Espera un momento. Tengo un amigo en el quirófano… Estamos viviendo unos días un poco agitados… gracias a vuestra llegada.

—¿Dónde están los otros?

—¿Tus compañeros?

—Sí.

K señaló la vasija.

—¡Oh!

—Lo siento. No pude hacer nada por ellos.

Entonces, el *visitante* se fijó en los dos cadáveres que yacían en el suelo se levantó y murmuró unas palabras.

K se dirigió al quirófano en el preciso instante en que Parchet parecía volver a la vida.

Como si regresara de un largo letargo se llevó las manos a la cabeza.

—¡Comisario! —exclamó el doctor—. Hoy es nuestro gran día.

—¿Usted cree?

—¡Ha reaccionado! La prueba es válida… Comunique con el hospital… Salvaremos a todos.

—Eso sí que es formidable, doctor… ¿Cómo está la situación?

—Parece que por ahí fuera andan un poco atareados, pero venga, tengo algo que mostrarle.

Y condujo a Parchet a presencia del visitante.

—¿Es…? —empezó el comisario.

—Sí. El único que he podido salvar.

—¿De dónde procede?

—Del último sitio que habría sido capaz de suponer.

Parchet interrogó al médico con la mirada.

K sonrió y con mucho énfasis declaró:

—Ese amigo procede nada menos que del PLANETA TIERRA.

Capítulo XVI

PARCHET apenas podía dar crédito a la aseveración del doctor.

—¡El planeta Tierra!

—Háblele por el sistema visual —indicó el médico.

Hizo una seña al visitante para que se sentara junto al teclado del proyector y Parchet hizo la pregunta:

—Yo hice muchos viajes. Ustedes estaban por entonces lanzando al espacio satélites hacia los planetas cercanos a su sistema solar… Recuerdo que llegaron a su Luna.

—Habla usted de muchos años atrás. Yo no había nacido todavía —respondió el otro—. ¿Cómo es posible?

—Sus sistemas de medición del tiempo son muy distintos de los nuestros. Por lo que sé de la Tierra ustedes cada año lo dividían en trescientos sesenta y cinco días. ¿No es así?

—Sí. ¿Y ustedes?

—Calculándolo a su modo sería un poco difícil explicarlo. Veamos… Pongamos que cada año de los suyos son como diez de los nuestros…

—Razón de más para que usted… todos ustedes no hubiesen nacido en la época de la que habla.

—Aquí es distinto. Llamamos años enteros al término del período de luz… Luego llega la oscuridad, es larga, y al finalizar finaliza otro año… Contándolo a su modo… déjeme pensar, vendrían a ser siete años de luz, y siete de sombras. ¿Lo entiende?

—Creo que sí.

—Bien… Ahora tendrá que ayudarnos… Sabemos que consiguieron reducirles y lanzarles al espacio.

—Sí…

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Fue en el año dos mil quinientos cuarenta de nuestra era terrestre.

—Creíamos que su planeta ya no existía.

—Pues existe. Al menos cuando partimos… Si supiera a cuántos estamos ahora…

Parchet hizo un cálculo aproximado y manifestó:

—Aunque le parezca increíble, han transcurrido ochocientos años.

—¡Ochocientos…!

El terrícola palpó su cuerpo.

—El tiempo no cuenta en el espacio. Alguien lo dijo una vez…

—¿Dónde se dirigían? —interrogó de nuevo Parchet.

—Al planeta Marte. El profesor Vorochilov había descubierto la forma de reducción de la materia y un combustible adecuado. Se hicieron las pruebas y dieron resultado. Entonces, decidió mandar un ejército. En realidad nuestra misión era pacífica, pero desconocíamos a los posibles habitantes y Vorochilov quiso que fuésemos bien preparados. Viajaban con nosotros dos cirujanos. El doctor Wanders y el profesor Mercier. Ellos tenían la misión de devolvernos al tamaño normal… No sé qué ocurrió durante el viaje; algo falló y nuestra ruta quedó cambiada. Recuerdo perfectamente que, a través de los visores de la cápsula, vimos cómo nuestra velocidad aumentaba cien veces. Fue algo alucinante, cruzamos zonas increíbles… Pasamos de la absoluta oscuridad a los colores más vivos. A veces el termómetro subía a temperaturas inaguantables que traspasaban el blindaje de nuestra cápsula… Otras veces cruzábamos zonas de hielo, iluminadas por una extraña luz…

Hizo una pausa y prosiguió:

—Algunos murieron, otros quedaron desmayados. Yo aguanté casi hasta el final. Recuerdo que el profesor Mercier dijo que habíamos entrado en la órbita de un planeta; debía de ser este. Luego uno de nuestros pilotos informó que la cápsula penetraba en el centro de gravedad y que íbamos a tocar tierra… No recuerdo

más…

—Bien, amigo… De momento y que sepamos usted es el único que está vivo en circunstancias normales.

—¿Qué quiere decir? Antes me pidieron ayuda y más bien creo que soy yo el que la necesita.

El interfonoscopio zumbó, y K, después de ponerse a la escucha, informó a Parchet:

—Los plurihumanos han desbordado las líneas de defensa y avanzan hacia la ciudad.

—Cuida de avisar al hospital, yo veré si consigo algo del terrícola.

—¡Ah, Parchet! —exclamó entonces K—. Con todo esto se me había olvidado… Van Mercury llamó, Ilma intentó marcharse en una aeronave.

—Lo suponía…

—Pero regresó al enterarse de que no te encontrabas bien, y entonces su nave fue alcanzada… Creo que corre peligro.

—¿Por qué no me lo dijo antes? ¿Dónde está?

—No lo sé… Parece que ocurrió cerca de Montelunar.

—¡Voy para allá!

—Espera unos momentos… Quizás el terrícola consiga darnos una idea de cómo detener a sus camaradas.

—Si ella está en peligro…

—Solo no podrías hacer nada, y yo necesitaré bastante tiempo para reponer a todos los enfermos.

Parchet dudó un instante. Su mirada se había posado sobre el arma del terrícola que K, había dejado sobre la mesa de la habitación donde se encontraban.

—Es una de sus armas, ¿verdad?

—Sí. La llevaba él.

—Está bien. Me servirá.

—Pero…

—Entiéndaselas con él. Explíquele lo que sucede.

Se dirigió hacia la salida, luego su mente a pleno rendimiento, lúcida y despejada, atinó en otra solución mejor.

—Podemos conseguir más armas, doctor.

—¿Cómo?

—Convierta a tamaño normal a los otros microbios.

—Pero están muertos.

—No importa, haga lo que le digo… Todos deben llevar armas. Cuando *crezcan*, crecerán también las armas. Avise al cuartel general y que repartan todas las que pueda conseguir;

Sin esperar la respuesta de K, subió a la cúpula y entró en la cabina de transporte, para autopropulsarse inmediatamente hacia Montelunar.

Allí aparentemente no había nadie.

Comprobó que el observatorio estaba destruido y buscó entre la maleza posibles huellas del paso de los *monstruos* terrícolas.

Estaba bastante lejos de las rocas donde se había refugiado Ilma y debía darse prisa en dar con ella, porque en aquellos momentos los pluriterrícolas andaban muy cerca.

Capítulo XVII

ILMA podía sentir perfectamente las deformes pisadas de aquellos seres.

De sus bocas múltiples surgían extraños rugidos incomprensibles e incoherentes.

Desde su puesto podía distinguir también las llamaradas de los rayos que surgían de los cañones de sus rifles cortos pero altamente destructores.

Cualquiera de aquellos rayos de larga distancia podía penetrar en la cueva y atomizarla, destruirla.

También corría el riesgo de que cualquiera de aquellos horribles y abominables seres la descubriera.

Temblando, se apoyó a la pared. Por un pequeño hueco pudo ver a dos de ellos, caminando entre los desniveles.

Se acercaban cada vez más a las cuevas.

Ilma tuvo que contenerse para no soltar un grito de terror, de espanto.

—No… No. Me oirían… Debo tener calma —murmuraba intentando autosugestionarse.

Pero los deformes terrícolas seguían su avance con pasos torpes. Y ella pudo ver muy cerca uno de aquellos espeluznantes rostros lleno de ojos que asomaba por la cueva.

Más lejos, Parchet sin disponer de ninguna cabina que pudiera transportarle corría con toda la velocidad que le permitían sus pulmones. Era la suya una persecución a ciegas.

—¡Ilma! ¡Ilma! —gritaba con la esperanza de que ella pudiera

oírle.

Pero estaba lejos aún.

Al tomar un sendero vio unas cenizas.

Su cerebro artificial le impidió horrorizarse por aquello. Pero *sabía* que eran los restos de tres personas.

Cuando se inclinó para cerciorarse, vio entre los setos próximos una motomóvil aérea.

¡Justo lo que necesitaba para ir más aprisa!

La montó y dio el contacto.

El vehículo monoplaza se elevó por los aires, desde donde podía dominar la zona.

Entonces fue cuando vio a varios de los plurihumanos rondando entre las todavía lejanas rocas.

Mientras, en la cueva, el monstruo de varios ojos había descubierto definitivamente a Ilma y avanzaba hacia ella con una expresión indescriptible.

Ilma retrocedió asustada.

El monstruo continuó con su torpeza al andar debido a las otras tres piernas, aparte de las que podían considerarse como las normales, que frenaban su marcha como si quisieran tomar otra dirección.

Ilma se acurrucó contra la pared de la cueva. Ya no podía seguir más atrás, ni tampoco echar a correr en busca de la salida, porque el monstruo le cortaba totalmente la huida.

Paralizada por el terror quiso gritar, pero un nudo en su garganta se lo impidió.

Había quedado como muda, mientras en el umbral de la cueva apareció un segundo ser, tan repugnante como el primero.

Se dejó caer hasta sentarse en el suelo.

Pensó que de un momento a otro iba a desmayarse. La tensión amenazaba con romperse. Algo en su interior la mantenía lúcida, como advirtiéndole de que, si cerraba los ojos y perdía el sentido, ya jamás volvería a despertar, y ella quería vivir, al menos por su hijo. ¡Quería vivir!

Pero el monstruo avanzaba, y el otro, y un tercero.

La entrada de la cueva era un verdadero hormiguero de seres irreales fantásticos, repelentes.

La respiración de Ilma se hizo más jadeante.

Ya le resultaba totalmente imposible dominar su terror.

Lanzó un grito y se desplomó, cuando las deformes manos de uno de aquellos seres avanzaron hacia ella.

* * *

Aquel grito horrísono sonó en el interior de la cavidad, rebotando por sus paredes y saliendo al exterior desde las profundidades.

Parchet, más que percibir la voz de su *compañera*, la intuyó; fue como un sexto sentido y la visión de los plurihumanos rondando por entre las rocas.

Uno de ellos, al escuchar el rugir del motor de la motomóvil, miró hacia el aire dispuesto a atacar.

Parchet tuvo que virar para esquivar el rayo mortífero.

Un quiebro oportuno le salvó la vida, mientras se dispuso a tomar contacto con el suelo y repeler el ataque.

Una lluvia de rayos buscó su cuerpo y su vehículo interespacial.

Parchet consiguió llegar a la parte trasera de unas rocas.

La lluvia de rayos taladró su improvisado escondrijo, pero él ya corría en busca de una posición más favorable para defenderse, y atacar a su vez.

Saltando con felina agilidad alcanzó un punto entre los setos donde podía distinguir las entradas de las diversas cuevas y en ellas a varios de aquellos seres abyectos.

Apuntó con el arma y disparó.

Un rayo idéntico a los que surgían de los cañones de los terrícolas destruyó a uno de los plurihumanos.

Disparó contra otro, y contra otro.

Las ramas de los arbustos ardieron, quedando rápidamente convertidas en cenizas.

Los otros se aprestaron a replicar el ataque, pero Parchet previendo que aquello tenía que suceder cambió de posición, momentos antes de que sus enemigos fumigaran el lugar.

Saltó de roca en roca y, más familiarizado ya con el rifle corto, disparó hacia la zona donde tres de aquellos seres múltiples se habían parapetado.

Unos gritos infrahumanos le advirtieron de que había dado en el blanco una vez más.

Pensó que, con aquella clase de armas que poseían el poder de pulverizar lo que tocaban, el exterminio de los agresivos terrícolas iba a resultar mucho más fácil.

De nuevo accionó la palanca que dejaba libre el chorro de fuego.

El rayo, como una exhalación alcanzó con precisión otro de los deformes cuerpos.

Algunos de los terrícolas se replegaron. Parchet creía haber ganado la batalla cuando vio a otro de aquellos seres salir de una de las cuevas llevando en brazos el cuerpo exánime de una mujer.

—¡Ilma! —exclamó.

El plurihumano seguía avanzando con su compañera desmayada.

—¡Malditos! —masculló.

Otros cuatro individuos le rodeaban como si codiciaran aquella presa.

Parchet comprendió que no podía disparar sin correr el riesgo de pulverizar a Ilma.

Capítulo XVIII

INTENTÓ aproximarse con sigilo, pero algunos de los que se habían replegado volvieron a la carga.

Uno de los rayos dirigidos a él pasó a muy escasa distancia de su cuerpo y se sintió empujado contra las rocas.

Disparó a su vez y alcanzó al que había disparado, que quedó convertido en cenizas tras un breve chisporroteo.

El olor a carne quemada estaba impregnando el ambiente. No era olor ciertamente sido hedor.

Parchet siguió con su intento de aproximarse, pero el último intercambio de rayos, había hecho que los que seguían al que llevaba en brazos a Ilma se volvieran para atacarle.

Parchet saltó desde lo alto de la roca sin medir las consecuencias ni el riesgo.

Los otros tres intentaron fumigarle; pero, desde el aire, Parchet pulsó la palanca y los tres fueron alcanzados por el rayo continuo.

Si quedaba algún otro había huido; en todo caso, Parchet no pensó en ello.

Estaba frente al *hombre* que transportaba a su *compañera*.

Le miró frente a frente. Su cerebro mecanizado no podía impresionarse por la repugnancia que aquel rostro deforme inspiraba.

En aquellos momentos, solo pensaba en librar a Ilma de aquel monstruo. Soltó el rifle terrícola.

Siguieron mirándose en actitud desafiante.

Ilma despertó levemente y se agitó.

Había vuelto la cabeza y al reconocer a Parchet sintió que su corazón le daba un vuelco.

—¡Parchet! —gritó.

Y debatiéndose entre los brazos férreos de su aprehensor consiguió que este la soltara; y si lo hizo fue indudablemente con el afán de librarse de él.

Parchet había soltado su rifle momentos antes. Lo había hecho de un modo desafiante, pero ahora que el plurihumano ya no tenía a Ilma entre sus brazos, Parchet pensó que era mejor terminar cuanto antes.

Como si su enemigo adivinara sus pensamientos, se lanzó también en pos del arma.

Ambos saltaron a la vez y desde el suelo forcejearon.

La fortaleza del terrícola se dejaba sentir. De un empujón consiguió apartar a Parchet, pero este reaccionó enseguida y se lanzó contra su antagonista para evitar que se hiciera con el rifle.

Forcejearon nuevamente y en aquel terrible cuerpo a cuerpo Parchet consiguió asir al otro y con un tremendo esfuerzo le levantó.

Ya no era la primera vez que se enfrentaba con un ser de aquellas características, sin embargo, este disponía de otros dos brazos libres, y por tanto eran cuatro los puños que le atacaban.

Era una lucha desigual.

Parchet cerró la guardia para esquivar una doble acometida.

Pero un inesperado directo le alcanzó el abdomen y se sintió empujado hacia atrás.

El terrícola tenía más cerca el arma. Parchet comprendió que no podría impedir que la cogiera y entonces, en aquellos momentos dramáticos, solo se le ocurrió gritar a Ilma que presenciaba aterrorizada la lucha:

—¡Huye! ¡Huye! Hay un motomóvil sobre las rocas. Corre, Ilma, sálvate.

El terrícola había conseguido alcanzar el rifle, y Parchet se lanzó entre la maleza.

Al caer, cuando el rayo fumigaba ya el lugar donde momentos antes había caído, sus manos tocaron un grueso palo. Era una rama pelada, quizás arrancada de cuajo, cortada por uno de aquellos rayos.

La tomó y se levantó adentrándose en la espesura para salir seguidamente al costado del monstruo.

El terrícola giró para disparar, pero Parchet, sin dilación, le golpeó con la estaca.

Soltando un sonido gutural, el plurihumano dejó escapar el rifle y se dispuso a continuar la pelea.

Parchet no estaba dispuesto a darle ninguna clase de tregua. No podía facilitar ventajas a un monstruo semejante.

Le golpeó de nuevo, alcanzándole el cráneo.

Blandió de nuevo la estaca para darle en el abultado abdomen y continuar su duro castigo.

El terrícola no pudo resistir y cayó al fin.

Intentó aún levantarse, pero Parchet, soltando la estaca y utilizando las manos entrelazadas le golpeó lo que debía ser la nuca, derribándolo definitivamente.

Luego se acercó al rifle y apuntó al caído.

Ella iba a decir algo, pero calló.

—Lo siento, Ilma, gira la cabeza. Pero tenemos que acabar con todos… Se trata de sus vidas o las nuestras.

Disparó contra el terrícola que, en breves momentos, ardió para quedar reducido a un montón de cenizas.

—Esto ya está. Vámonos. Te llevaré a un lugar seguro.

Ella se volvió. Dentro del miedo por el que había pasado, sus ojos recobraron su viveza.

—Te quiero, Parchet… Te quiero. Tú no puedes sentir lo mismo, pero a pesar de todo me consta que, a tu modo, me amas. Acabas de demostrarlo arriesgándote tú solo. Y lo hiciste por mí.

—¿Por quién iba a hacerlo?

Ella sonrió, acurrucándose contra el fuerte pecho de su compañero.

Ilma le besó buscando los insensibles labios del hombre.

Después de un buen rato regresaron con el motomóvil, no sin que antes Parchet se hubiese aprovisionado de todos los rifles, inservibles ya para los muertos.

Regresaron al motomóvil aéreo y elevándose por encima de la zona, se dirigían a la ciudad. Concretamente a su casa.

Allí le esperaba una llamada que el receptor había captado y un brazo automático anotó.

Era del doctor K.

> *Últimas noticias informan invasión ciudad. Gobernador ha llamado varias veces preguntando por usted. Hasta el momento he conseguido veinticinco armas. He pedido ayuda. Van Mercury está conmigo.*

—Vamos, Ilma. En el sótano del doctor K estaremos más seguros. Sé que después de lo ocurrido necesitas un buen descanso. Allí podrás tenerlo y yo estaré más tranquilo.

—Gracias una vez más, Parchet —susurró ella.

—Ilma… Yo también lamento no poder sentir de otra manera…

—No digas nada. Estoy avergonzada de mi comportamiento.

—Ilma —murmuró él—. Quiero que sepas que si fuera posible me sometería gustoso a un nuevo trasplante… Me gustaría recuperar mi corazón, cualquier corazón humano para poder sentir, como tú, para poder amarte como tú deseas.

—Vámonos, Parchet. Te están esperando, pero no te arriesgues demasiado. No sé lo que haría sin ti.

La escena amorosa concluyó con un beso. Luego, para Parchet se imponía nuevamente el cumplimiento del deber.

Veinte rifles eran pocos contra los miles de seres múltiples que empezaban a adueñarse de la ciudad.

El final de aquel estado de cosas era realmente incierto…

Y recordó las palabras que al principio había leído:

> *…Se destruirán los planetas y se formarán otros nuevos. La eternidad continuará…*

Capítulo XIX

—CREÍ que te habías marchado —murmuró Parchet dirigiéndose a Van Mercury.

—No, Parchet… Tenías razón, mi puesto está aquí. Los pilotos evacúan a las mujeres y a los niños… ¿Y sabes una cosa? Mi *compañera* tampoco ha querido dejarme. ¡Debemos salvar a Klandax, Parchet!

Y Van Mercury ayudaba afanosamente a K en el doble trabajo de inocular el antídoto contra la magnetización de los cerebros de los guardas y la vuelta a la normalidad física de los microbios humanos muertos, con el fin de recuperar sus armas con las que combatir a los multihumanos.

El terrícola que ya había dado su versión de lo ocurrido repitió brevemente la historia para que Parchet pudiera oírla.

No diferían en absoluto de la teoría que ya había expuesto el doctor K.

—Un fallo en el mecanismo unió varios cuerpos. Solo cabe esa explicación.

—Pero… ¿Quién tenía la misión de devolver a ustedes su dimensión normal? —inquirió Parchet.

—Cualquiera de los médicos que iban con nosotros.

—¿Por qué procedimiento?

—Por un mecanismo dispuesto en el cuadro de mandos de la cápsula.

—Sin embargo, la cápsula está intacta. No recobró su tamaño normal. ¿Cómo explica que sus compañeros se recuperaran, aunque

haya sido de un modo tan catastrófico para ellos y para nosotros?

—Existía un dispositivo de emergencia que podía accionarse a distancia por control remoto. De ese modo la cápsula quedaría intacta, pero nosotros podríamos recuperar nuestra personalidad… Lo que ocurrió es fácil de imaginar. En nuestro tamaño infinitesimal debimos salir amontonados, asustados por los que habían muerto, por el lugar remoto en que nos encontrábamos. Cundió el pánico y los supervivientes tuvieron prisa para salir…

«Sí —pensó para sí Parchet—. Era relativamente fácil imaginarse a un montón de seres del tamaño de un microbio, amontonándose, tratando de accionar el dispositivo.»

Cualquiera pudo coger el control remoto y apretar el botón. Puede que de haber sido uno de los médicos hubiese advertido el posible riesgo de actuar atropelladamente, pero el que lo hizo no era médico y no calculó las consecuencias.

En su imaginación, Parchet imaginaba la escena de los seres terrícolas aumentando de tamaño, pegados entre sí.

Les imaginó intentando parar el mecanismo, mientras sus cuerpos al crecer se reblandecían ayudando a unirse, a superponerse, formando varias masas vivientes.

Les imaginó renaciendo deformes.

Y les imaginó por fin perdiendo toda ponderación, convertidos en fieras humanas y despóticas, con deseos de vengarse de toda la Galaxia a causa de su desgracia.

Sí… Era lo que había ocurrido, y ahora solo existía un método para repararlo. ¡Aniquilarles!

El terrícola asintió.

—Ahí están mis mejores amigos. Si pudiera hablarles…

—¿Cree que serviría de algo? —inquirió Parchet.

Hablaban como siempre sirviéndose del aparato proyector con el teclado adosado y el código para traducir.

Se encogió de hombros a la pregunta del comisario Parchet, jefe de la Seguridad Nacional.

—No lo sé.

—Yo creo que no… ¿Ha hablado con el doctor K de la posibilidad de *desunirlos*?

—Sí —murmuró el terrícola con pesimismo—. Pero K dice que no es factible. Reduciéndoles de nuevo quedarían igualmente

amasijados… Ya es demasiado tarde.

No obstante, el terrícola quiso hacer una intentona y primero desde la estación transmisora local pronunció su mensaje, que los amplificadores de las calles, usados solo en casos de emergencia, lanzaron a los cuatro vientos.

—Os habla Marcel Duelos… Todos me conocéis. Hice ese accidentado viaje con vosotros y sufrí las mismas penalidades… Ahora estamos en Klandax… Aquí hay excelentes personas. Gentes que en algunas cosas están más adelantados que nosotros, en otras quizá no; pero es un buen momento para hacer un intercambio de conocimientos. Os ruego que no les ataquéis. Recordad que las armas que nos llevamos eran solo para el caso de que tuviéramos que defendernos, no para atacar… Es lo que quería nuestro buen profesor Werner…

Apenas pudo terminar su perorata. Un gemido y un fogonazo anunciaron la súbita muerte del único empleado que había quedado en la estación transmisora.

¡Los terrícolas habían llegado allí!

Ahora desde el umbral de la sala de la emisora apuntaban al terrícola, Marcel Duelos, como él mismo se había presentado.

¡Querían matarle!

Eran tres. Le estaban encañonando con sus rifles y Marcel estaba desarmado.

Se lanzó hacia un lado buscando la protección de un computador tras el cual se parapetó cuando los otros disparaban y los tres rayos hacían mella en los distintos contactos, que estallaban o se incendiaban.

Parchet, que había llegado poco después, subió armado y pudo darse cuenta de la situación, apenas hubo salido de la puerta del elevador, disparó.

Los terrícolas replicaron, pero Parchet siguió disparando y afinando mejor la puntería.

Uno cayó fulminado, también el segundo fue alcanzado cuando esperaba tener tiempo de cruzar al otro lado del corredor.

Quedaba uno y parecía ser el más tenaz, el más peligroso.

Disparó rociando la puerta de entrada del elevador que comenzó a arder. Parchet que había tenido que refugiarse en su interior, vio cómo las puertas automáticas se cerraban y roto alguno de los

mecanismos —quemado probablemente—, comenzaba a descender.

Parchet intentó frenarlo, mientras el elevador seguía descendiendo, amenazando con estrellarse contra el suelo.

Utilizó el rifle de rayo continuo al pasar junto a la puerta del tercer piso. La rápida y fulminante llama le permitió llegar a tiempo de aprovechar el boquete y lanzarse por él.

Aquella extraordinaria rapidez y agilidad no solo salvó su vida sino que contribuyó a liberar a Marcel Duelos de su enemigo que le estaba buscando por la maltrecha estación difusora.

Parchet subió por la escalera y poco después se plantaba de nuevo en el umbral de la puerta.

Cuando el terrícola, al advertir su presencia, se dispuso a atacarle, Parchet se le anticipó fulminándole con el rayo.

Marcel se levantó del suelo.

—Creí que había llegado mi último momento. Gracias, Parchet. Me ha salvado la vida.

Lo dijo en su lengua y como allí no disponían de otro procedimiento, Parchet no le entendió aunque comprendió el significado general de sus palabras por la entonación de su voz.

Poco después los dos hombres salían a la calle.

Los supervivientes de la Cota A unidos a los recuperados por el doctor K, estaban luchando por las calles con los rifles de los terrícolas que seguían siendo superiores en número; pero sus movimientos más torpes conferían ciertas ventajas a los de Klandax.

El peligro principal lo constituía la posible invasión de la base donde los pilotos evacuaban a las mujeres y a los niños.

El gobernador transmitió la orden urgente.

—Protejan la base, más de un millar de invasores nos rodean.

Capítulo XX

PROTEGER la base no era tarea fácil, pero Marcel, el terrícola dio una posible solución.

—Las cargas de nuestros rifles están compuestas por un derivado del rayo Láser.

Ni Parchet, ni el profesor, ni ninguno de los reunidos en el laboratorio de K había oído hablar del rayo Láser. Marcel se extrañó.

—Ustedes han llegado a nuestro planeta en muchas ocasiones.

—Es cierto —afirmó el profesor Van Mercury.

—Tienen un sistema de proyección que derriba todas las distancias.

—También es cierto…

—Y sin embargo, desconocen el rayo Láser y sus derivados.

—Hijo, cada cual, y al decir cada cual me refiero concretamente a cada habitáculo, tiene sus propios descubrimientos, sus propios adelantos. No es posible poseer todos los conocimientos. Sería tanto como llegar a la perfección y esto está muy lejos de ser alcanzado.

Parchet corroboró las palabras del profesor, añadiendo:

—Si pudiera ayudarnos a combatir… Sé que es mucho pedirle, pero ya ha comprobado por sí mismo que no vacilan ante nada. Han atentado contra su vida.

—Es cierto —asintió el terrícola—. Les ayudaré.

—¿Cómo? —inquirió Parchet.

—Reúnan todas las naves, y díganme dónde está la cápsula.

—¿Se refiere a la suya? —preguntó Van Mercury.

—Sí.

—Quedó en el laboratorio central.

—Recupérenla. Es necesario devolverla a su tamaño.

—¿Cómo?

—Yo me encargaré de ello, si tienen un microscopio potente y unas pinzas diminutas.

—Tendrá lo que desee —aseguró Van Mercury.

Por el transmisor el gobernador insistía en la necesidad urgente de defender la base.

Una avanzada de hombres se disponía a cumplir la orden mientras el terrícola, Parchet y Van Mercury se dirigían a los laboratorios centrales.

* * *

La *caja* fue transportada a las afueras de la ciudad.

Marcel, el terrícola, utilizando la lupa buscó el mecanismo para su puesta en funcionamiento.

Entonces, Van Mercury advirtió el peligro.

—¡Terrícolas!

Un centenar de deformes terrícolas avanzaba en batería disparando con sus rayos.

—¡Hay que salvar la *caja*! —exclamó Marcel.

—¡Váyanse! Yo les cubro —exclamó Parchet.

Buscó un desnivel donde guarecerse y comenzó a disparar.

Dirigía sus rayos contra los atacantes, pulsando implacablemente la palanca.

Uno a uno iban cayendo, mientras otros retrocedían torpemente para parapetarse.

Entretanto, tras unos setos, Marcel continuaba su tarea.

Los fogonazos y nuevamente el hedor a carne humana chamuscada se enseñorearon del ambiente.

—Dese prisa —murmuró Van Mercury—. Parchet no podrá mantenerles mucho tiempo.

En efecto, los deformes atacantes habían tomado distintas posiciones y Parchet se encontró entre fuegos cruzados.

Cambiando constantemente de posición disparaba en ambas direcciones, pero evidentemente no podría resistir mucho tiempo.

—¿Cuánto dura la carga? —inquirió Van Mercury.

Marcel no comprendió la pregunta y Van Mercury se la repitió chapurreando el idioma.

—Bastante. Para un ataque normal hay suficiente, pero Parchet la ha estado usando durante mucho tiempo y pronto tendrá que recargar.

Los disparos seguían ininterrumpidamente, cuando las proféticas palabras de Marcel se cumplieron.

Parchet apretó una y otra vez la palanca, pero del cañón ya no surgió nada.

Los terrícolas, dándose cuenta, reanudaron el avance.

La situación no podía ser más desesperada…

—¡Ya está! —exclamó Marcel en aquel momento.

Acababa de encontrar el mecanismo que buscaba a través del microscopio y con las pinzas intentaba mover las infinitesimales palancas.

¡Lo consiguió!

Pero los terrícolas estaban ya muy próximos al desarmado Parchet.

La *caja* tenía las proporciones de una casa noria en una nube de vapor.

Marcel tomó una de las armas que se había llevado de las que el doctor K recuperaba de los muertos.

Salió en defensa de Parchet comenzando a disparar.

El inesperado ataque hizo que los otros tornaran a replegarse.

Y la *caja* seguía aumentando el tamaño, que anunciaba aquella columna de vapor que se elevaba por los aires.

* * *

—¡Listo! —exclamó el terrícola.

La *caja* comenzaba a aumentar de tamaño, ocupando más de ocho plantas, pero la anchura era mucho mayor.

Marcel pasó al interior seguido por el profesor.

El techo de las plantas era bastante bajo, por lo que de ocho plantas normales que hubieran podido salir llegaban a quince. Unos corredores daban acceso a los distintos departamentos, y en la parte de proa propiamente dicha estaban los mandos. Pero Marcel se dirigió directamente hacia el sitio que en su lengua anunciaba: equipo.

Entró en lo que era un almacén y de allí extrajo un par de bombonas.

—Tome otras dos, profesor. Hay que llevar esto hasta sus bases.

—¿Qué es?

—Gas líquido. Con esto se consiguen los rayos.

—Pero no tenemos más armas de las que el doctor puede recuperar.

—Atacaremos desde sus naves utilizando balones de oxígeno. ¿Los tienen?

—No sé si serán iguales a los suyos.

—Lo importante es que tengan válvula de escape.

—Desde luego.

Por supuesto la conversación se sostenía en un chapurreo por ambas partes, pero evidentemente ambos hombres se entendían perfectamente.

Afuera, Parchet seguía manteniendo a raya al ejército de deformes, gracias al rifle que Marcel le había echado.

—Vuelva. Le cubrimos —exclamó el terrícola saliendo de la gigantesca nave terrícola.

Además de las cargas de gas, habían cogido nuevos rifles.

—¡Le cubrimos! —insistió Marcel.

Parchet salió corriendo y disparando a la vez.

Poco después los tres hombres estaban ya en la base que parecía a punto de caer en poder del enemigo invasor.

* * *

Las naves estaban preparadas. El gas se había depositado a presión en pequeñas bombas de oxígeno, y Marcel dio la orden de partida:

—¡Cuando quieran!

Parchet dio el ejemplo. El terrícola y el profesor le acompañaban igualmente.

El jefe de la Seguridad Nacional ostentaba mando del resto de la escuadrilla.

Cada nave disponía de un pequeño balón de oxígeno que el joven recargó con rapidez mientras los distintos hombres de Klandax-Central iban subiendo a bordo.

Cuando las naves, cada una con su número determinado de

defensores hubo ocupado su respectivo lugar, Parchet dio la orden de marcha.

La batalla final estaba a punto de iniciarse.

Capítulo XXI

LOS terrícolas tenían prácticamente acorraladas a las mujeres y a los niños, que, asustados, miraban aterrados cómo aquellos seres se acercaban con gesto homicida al edificio donde se habían encerrado.

Desde distintos puntos algunos defensores habían cubierto a los pilotos que intentaban llegar a las naves. Algunas ardían fulminadas con los rayos mortíferos de los plurihumanos.

Y en medio de aquella lluvia letal, Parchet, Marcel, Van Mercury y otra media docena de pilotos corrían a las respectivas naves.

Uno de los pilotos cayó fulminado cuando estaba ya a punto de subir a la nave.

Parchet indicó a Marcel un biplaza.

—Usted vaya con Pinker, profesor. Enséñele el funcionamiento de los balones de oxígeno.

Poco después cuatro naves se elevaban a restringida velocidad, pero suficiente para que los terrícolas no pudieran alcanzarlas con sus rayos.

Parchet desde su transmisor daba las órdenes.

—Voy a hacer una pasada. Síganme por los flancos. Corto.

Tomando la delantera y pilotando personalmente el vehículo espacial se lanzó en picado contra la masa de atacantes mientras Marcel tenía preparado el balón de oxígeno cargado con el gas productor de los rayos.

—Acérquese todo lo posible.

—Lo intentaré —replicó Parchet.

En poco tiempo, ambos habían aprendido ya a comprenderse aunque naturalmente no hablaban con la naturalidad o claridad aquí transcrita.

Parchet siguió su picado.

Marcel con la compuerta del lado elegido para atacar, abierta, abrió la espita y el chorro mortal abarcó una extensa zona.

Abajo, en tierra los desgarradores gritos de los que habían sido alcanzados de forma masiva indicaban claramente que el primer intento había dado resultado.

Los otros tres restantes vehículos imitaron la acción de Parchet y en pocos momentos los atacantes redujeron a cenizas a los deformes terrícolas.

—Otra pasada —indicó Marcel.

Parchet transmitió la orden por radio y de nuevo lanzóse sobre los alrededores del campo, que era donde se habían concentrado la mayoría de los visitantes.

Como piloto, Parchet demostró haber tenido una excelente escuela.

Su perfecto descenso hasta el punto preciso, permitió que Marcel rociara a placer.

Los de abajo huían despavoridos ante la superioridad que representaba para ellos el ser atacados desde el aire, con rayos mucho más poderosos por su envergadura.

La persecución contra los deformes se hizo implacable.

El aparato de Van Mercury y los dos restantes causaban iguales estragos a los cada vez más escasos supervivientes.

Desde la nave piloto. Marcel pudo ver cómo los pocos supervivientes se dirigían hacia su propia nave.

—Es mejor así. Se matarán ellos mismos —murmuró.

Poco después, impulsada por los cohetes retropropulsores, la gigantesca nave terrícola se elevaba por los aires.

Parchet y Marcel pudieron seguir largo rato su estela hasta que una terrible explosión la difuminó en el aire.

—Nos lo habían advertido. No podía volar con su estructura normal. Había sido diseñada para volar a tamaño reducido.

Parchet hizo descender la nave hasta tomar tierra.

El peligro había pasado.

Pero entonces surgió la urgente llamada del doctor K.

Epílogo

—TENGO el gusto de presentarle al profesor Mercier —sonrió el doctor K.

El más sorprendido fue Marcel.

—¡Profesor! ¡Está usted vivo!

—Gracias a ese excelente médico —y señaló al satisfecho K.

El aludido replicó.

—Creí que todos habían muerto —y señaló la vasija—. Pero todavía conseguí salvar a un último terrícola, que resultó ser nada menos que el profesor Mercier.

—Profesor… —empezó Marcel—. Ha ocurrido una desgracia.

—Lo sé. El doctor me lo ha explicado todo… Creo que no podíamos esperar otra cosa de una aventura como esa… Marcel. Yo no pienso regresar al planeta Tierra. Posiblemente ya no exista. Usted haga lo que quiera, para ellos es muy fácil.

Parchet asintió.

—Es solo un momento. Nuestras naves están equipadas igual que las cabinas. Podemos proyectarnos con solo pulsar un par de botones…

—Ahora comprendo que era cierto todo lo que decían los libros del siglo XX —murmuró Marcel.

—¿A qué se refiere? —inquirió Parchet.

—A los Objetos Voladores No Identificados, platillos volantes, OVNIS…

—¡Oh!

—Claro que existían… Durante millones de años han existido

planetas habitados con gentes que han encontrado la manera de llegar en un abrir y cerrar de ojos.

—Sí —admitió Mercier—. Y, sin embargo, nunca llegaron a atacarnos. Y, una vez los terrícolas conseguimos algo, nos convertimos en el terror de un planeta tranquilo.

—Fue una desgracia —murmuró Parchet.

—No… No fue una desgracia. Yo diría más bien un castigo.

—Ustedes iban en misión pacífica.

—Un millón de hombres de nuestro pretendido ejército mundial. Había hombres de todas las nacionalidades. Vorochilov, Butterfield, Geraldine… Todos los jefes de las grandes potencias se habían puesto de acuerdo para la gran misión secreta. Atacar Marte. Esa era la misión… Íbamos en plan de conquistadores, pero ellos se defendieron… Ignoro qué sistema utilizaron pero fue allí donde nuestra nave tomó otro rumbo, y nos perdimos… Mis instrucciones fueron bien concretas; cayésemos donde cayésemos tendríamos que comportarnos como embajadores de paz. Pero eso resultó imposible… El error convirtió en monstruos a unos simples soldados… La culpa de unos suelen siempre pagarla otros… Quisiera olvidar ese episodio y contribuir con mi pobre ciencia a ayudarles en lo que pueda.

Van Mercury palmeó la espalda de su colega.

—Sea bienvenido entre nosotros.

Marcel añadió:

—También yo quisiera encontrar un sitio… ¿Creen que podría ser útil?

—¡Oh, sí! —sonrió Parchet—. Le propondré para técnico en armamentos. Lo de hoy ha sido un aviso. Es necesario estar preparados y en esto ya ve que ustedes, los terrícolas, nos aventajan.

Una llamada del gobernador aclaró una cuestión.

—Señores —dijo su voz potente y bien timbrada—, según las últimas noticias el planeta Tierra dejó de existir hace bastantes años… Y digo *años* para emplear el lenguaje de los terrícolas.

Cuando Parchet comunicó la nueva a los dos únicos supervivientes, Mercier murmuró:

—Lo suponía…

Parchet le hizo una seña para hablarle aparte:

—Profesor Mercier… ¿Sabe usted que en Klandax existe una orden por la que todos los habitantes deben sustituir su víscera cardíaca y su cerebro por aparatos artificiales, que se regulan por mediación de líquidos lubrificantes?

—¡Es fantástico!

—Doctor… Yo espero que esa orden quede derogada. Es decir que cada cual sea libre de elegir. Yo… Bueno… Quisiera preguntarle si ustedes, allá en su planeta, conocían algún sistema para… En una palabra, profesor. Quisiera volver a tener mi propio corazón. Mi *compañera* tenía razón. Quizás estemos muy avanzados en ese aspecto, pero funcionamos como máquinas, carecemos de sentimientos.

—Yo fui técnico en trasplantes, comisario Parchet. Llegamos a un estado muy avanzado en ese aspecto.

—¿De veras?

—Sí… Creo que podré serle útil.

—Ya iremos hablando de ello, profesor Mercier.

—Cuando guste, Parchet…

Y poco después, cuando el comisario jefe de la Seguridad Nacional llegó a su hogar, murmuró a su *compañera*:

—Ilma… Hablaré con el gobernador respecto a lo de los trasplantes… Creo que me escuchará.

—Entonces, nuestro hijo…

—Ni este ni los que vengan luego, querida…

—¡Oh!

—He hablado con ese terrícola, el profesor Mercier. Gente inteligente, los terrícolas… ¿Sabes, Ilma? Creo que pronto volveré a tener mi propio corazón y mi propio cerebro… Nuestra técnica ha permitido guardarlos vivos… Mercier es un experto y… Bueno, ya iremos hablando.

Ilma abrazó a Parchet.

Un futuro más esperanzador renacía en Klandax.

FIN

Próximo número:

EL ESTALLIDO

por Louis G. Milk

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.


HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.


RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.


SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.


BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE


Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.


Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.



NOTAS

[1]**Cada medida equivalía a unos diez centímetros terrestres.**